

## ***NOVELA MAFIOSA***

***DE LA WEB WWW.LOSCORLEONE.COM***

**Una ciudad como nueva York esconde mil sitios peligrosos donde un buen ciudadano puede perder la cartera, el reloj o algo más.**

**Los callejones oscuros se convierten por la noche en sucios mercados en los que los gatos pueden ver las más atroces violaciones de la ley que la policía no se esfuerza por mantener. ¡Cuánto más sencillo y lucrativo es para un agente girar la mirada hacia otro lado cuando el siciliano sale a trabajar! Entre Harlem y Manhattan no hay un solo policía que no haya colaborado alguna vez con "el enemigo"; la verdad es que es difícil resistirse. Qué puede hacer un agente cuando se le acerca un hombre perfectamente trajeado, surgiendo de lo profundo de una calle, envuelto en el humo que rezuman las alcantarillas, con su cigarrillo colgado entre los labios y le dice:**

**- Eh compadre, ¿por qué no se va a tomar un café lejos de aquí durante un rato? Yo lo invito – y le mete un billete de cien dólares en el bolsillo de la camisa.**

**No hay que ser un genio para saber que en ese rato va a pasar algo en ese mismo lugar. El sargento, curtido y perro viejo, no duda en darse la vuelta y tardar al menos una hora en regresar: un hombre listo, con los pies en la tierra, un superviviente. El agente recién salido de la academia, confiado y justiciero, se coloca la mano en la cadera, muy cerca del revolver, mira al desconocido con una sonrisa prepotente y dice bien alto.**

**- ¡Se acabó, payaso, a partir de hoy en este barrio se va a respetar la ley, yo me encargaré de eso!**

**Si tiene suerte otro par de billetes le harán cambiar de opinión; si no, se arrepentirá de no haber elegido otra profesión... Una ciudad como Nueva York esconde mil sitios peligrosos donde un ciudadano honrado puede perder la cartera o el reloj. Y nadie va a mover un dedo para evitarlo.**

**Corre el año 1940 en Nueva York. La familia Lombardi tenía Manhattan en su poder, la familia Montivani se encontraba asentada en Brooklyn. Los Simone poseían su territorio en Nueva Jersey.**

**Hacia algún tiempo que la familia Lombardi había comenzado a perder terreno en su propio barrio, del que ahora intentaban robar terreno los Montivani. Su ejército era el más fuerte pero, respecto de las finanzas, eran inferiores.**

**Giuseppe Lombardi era el Don de los Lombardi. Él decidió encomendar a Jimmy Nascarella, su caporegime, la tarea de infiltrar a un hombre dentro de los Montivani.**

**Alto y ancho, conservaba la fuerza de su juventud. De pelo canoso, cincuenta y dos años, viudo y con dos hijos: Aldo y Giovanni. Estos ya trabajaban como soldados de la familia aunque eran muy jóvenes para ninguna labor de mando. Desde que su familia se convirtió en una de las más importantes de New York, siempre mantuvo una actitud pacífica ante las demás familias mafiosas. Esto provocó el incipiente apoderamiento de Manhattan por parte de los Montivani. Había empezado sus actividades mafiosas en Sicilia, pero tuvo que emigrar a EEUU donde con sus hombres de confianza se hizo con el poder en Manhattan y sus negocios más desarrolladas, aparte de las usuales del juego y la extorsión, eran las finanzas de Wall Street y otros negocios legales.**

**Ante la situación generada por Montivani, Don Giuseppe Lombardi se reunió una tarde con su más fiel caporegime, Jimmy Nascarella, en su privado.**

**- ¿Sabes para qué te he llamado, Jimmy?**

**- Albert ya me lo había comentado y créame que haré todo lo posible para evitar esta intromisión.**

**- Bien, estaba pensando en la posibilidad de infiltrar a alguien entre los hombres de Montivani para tener información de sus movimientos cada cierto tiempo. Te he llamado pues tú eres el que más conocimiento tiene de nuestros muchachos y espero que sugieras a alguno – dijo el Don, con la vista clavada en su hombre de más confianza.**

Nascarella se rascó la cabeza y comenzó a mover los labios en voz baja, en tanto iba seleccionando al hombre indicado. Mientras, Don Giuseppe no le quitaba la vista de encima, como tratando de adivinar lo que su caporegime decía para sí mismo.

-Tenemos a Giorgio Vizzini y a Bruno Trapani – dijo Nascarella en voz alta.

Pero antes de que Don Lombardi pudiera agregar nada, continuó:

- No, Giorgio es eficiente para este tipo de trabajos pero es muy sociable por lo tanto lo conoce demasiada gente.

- ¿Y Trapani? – preguntó el Don impaciente.

- ¡Trapani...! – repitió Nascarella.

- ¿Entonces?

- Bruno Trapani es el hombre perfecto para esta misión. Siempre ha hecho trabajos internos y no es muy conocido. Eso, sin mencionar lo responsable que es – dijo el caporegime con una férrea convicción.

Nascarella había sido amigo del padre de Bruno, razón por lo cual sentía cierta predilección por el joven aunque no ponía las manos en el fuego por nadie.

- No se hable más entonces, confío en tu buen juicio – dijo el Don, dando por cerrado el asunto.

- Me comunicaré con Bruno esta misma tarde y le informaré lo que debe hacer.

- Me parece bien, Jimmy. Encárgate del resto y me informas.

Bruno no se tomó muy bien la noticia pues era una labor demasiado difícil; pero también estaba consciente de que él era al único que en ese momento podía cargar esa tarea sobre sus hombros: llevaba largos años de servicio en la Familia, trabajando en secreto, por lo que ninguna familia rival sospecharía de él; su mayor problema era que ahora tendría que llevar tres vidas paralelas: la de infiltrado, la de soldado de la familia Montivani y la de novio de una apuesta joven, Gloria Palmice.

Pero órdenes eran órdenes y más aún si venían directamente de Don Giuseppe.

**Luego de un tiempo de prueba, Paul Fanesi, caporegime de los Montivani, al fin admitió a Bruno como Asociado sin mostrar signos de sospecha. Este último quedó bajo las órdenes de un soldado de la familia Montivani, Benny Torciano. De esta forma, Bruno ya había comenzado el juego más peligroso de su vida.**

## I

Trapani, tras dos meses actuando para los Montivani, se encontraba reunido con Jimmy Nascarella en departamento privado de los Lombardi, situado en el Soho. El objeto de la reunión era un informe de noticias respecto de los Montivani. La actitud de Nascarella hacia su infiltrado no era de absoluta confianza, pues conocía que, en sus andanzas con Torciano, había logrado satisfactorios beneficios, lo que le hacía intuir, en algún grado, que podría dejar algo a un lado su lealtad hacia los Lombardi, con los que, por otra parte, nunca había llegado a sentirse plenamente integrado como consecuencia de haber trabajado siempre a puerta cerrada. No obstante, Trapani, a sabiendas de la postura de Nascarella, se encontraba cada vez más cómodo y confiado aunque su actitud – siempre de absoluta seriedad – no dejaba traslucir jamás sus pensamientos.

Tenía una contextura física pequeña, era flaco – apenas rozaba el metro sesenta – pero poseía gran agilidad con las armas y una inteligencia fuera de lo normal. Tenía cabello oscuro muy espeso; treinta años, soltero y con novia desde hacía tres años, Gloria Palmice.

Entró en la Familia a los veinte, siguiendo el camino de su padre muerto ya. Su oficio siempre había sido patrullar los alrededores y el interior de la residencia Lombardi, por lo que era poco conocido dentro del mundo del crimen organizado. Soportó los años más duros de la Familia, viendo caer de a poco el imperio Lombardo bajo los Mantovani. Siempre había pensado que para que una familia mafiosa se hiciera poderosa, debía negociar más que matar. Trapani entró en la habitación y vio a Jimmy Nascarella sentado en un comfortable sillón. Sujetaba, en su mano derecha, una copa de vino; y cuando se percató de la presencia de su infiltrado, le hizo una señal para que tomara asiento. Luego de sentarse, se tomó la libertad de llenarse una copa. Nascarella no le quitaba los ojos de encima: era evidente que no se fiaba al cien por cien de su soldado. Fue este el primero en pronunciarse:

- No te traigo grandes novedades, Jimmy – dijo, acomodándose en el sillón y dándole un sorbo a su copa.

Tras este comienzo, Jimmy dio un suspiro, como lamentando lo que acababa de oír: cada vez veía con más claridad, que Bruno podía estar del otro bando. Él era un Caporegime (¿Consigliere?) de los Lombardi – tal vez el más importante – y tenía a su cargo un buen número de Soldatti. Se encargaba muchas veces de la seguridad en los actos del Don: era uno de los caporegimi más cercanos. A él le había sido encomendada por el Don la tarea de infiltrar un espía en la familia Mantovani y quería el mejor de los resultados para esto. De mediana estatura, tenía cuarenta y cinco años, era casado y tenía tres hijos. Había sido un gran soldado y se convirtió en Caporegime por sus dotes de liderazgo y por tener una cabeza bastante fría a la hora de tomar decisiones. Decidió poner a Bruno a prueba:

- Vaya, eso me entristece... pero, si dices que no hay novedades, entiendo que nuestro enemigo está quieto – comenzó Jimmy fríamente.

Bruno empezó a pensar en la posibilidad de una trampa. (*“¿Era posible que desconfiaran de él?”*) Ante este interrogante prefirió guardar silencio.

- El Don ha creído oportuno que demos un golpe a los Montivani; hemos oído que recibirán un envío de drogas el martes; propongo que Torciano y tú sean los encargados de supervisar la tarea; entonces llegaremos nosotros... – explicó Nascarella con suavidad.

Bruno no supo qué responder y sólo asintió con un ademán. Después de esta corta charla, dieron por finalizado el encuentro. Nascarella tardó un poco más en salir pues se quedó pensando acerca del asunto, hasta que acabó de beber su copa. Cuando miró su reloj, cayó en la cuenta de que ya nada había que hacer allí. Bajó la escalera con paso calmo lo que le dio tiempo para ver a alguien que lo esperaba abajo. Era Giovanni Lombardi, sin duda una aparición no muy agradable, pero había que prestarle atención. Después de todo, era el sucesor del jefe.

- Giovanni, ¿quieres hablar conmigo?

- Pues sólo un par de cosas, tío Jimmy.

**Giovanni se encontraba cruzado de brazos, desafiante como siempre.**

**- No me llames así y dime de una vez qué quieres.**

**- Nada importante: sólo quería advertirte acerca de ese tal Trapani.**

**- ¿Algún problema?**

**- No me agrada ese tipo, así que destitúyelo.**

**- ¿Sólo por eso? ¿Porque al niño no le agrada?**

**Nascarella había perdido la paciencia notoriamente.**

**- Así es, no quisiera liquidar a alguien que se encuentra trabajando para nosotros, por lo tanto debes reemplazarlo.**

**- Mira, yo no tengo la culpa de que te guste la mujer de Bruno y, si él la conquistó primero, será porque es más listo y agradable que tú.**

**- Así que todos lo saben... En fin, no importa. Sólo agradece el cargo que tienes... por menos he reventado a varios.**

**Giovanni estaba profundamente ofendido por la respuesta pero sabía que ni siquiera él podía tocar a un hombre como Jimmy Nascarella.**

**- Poco me importan tus frases de niño consentido y te advierto una cosa. Si algo llega a pasarle a Trapani, sabré que has sido tú, tu padre también lo sabrá y estarás en problemas.**

**- Bien, tío, como digas – dijo el joven con un forzado tono amable y se marchó mordiéndolo.**

**Giovanni Lombardi era el hijo mayor del Don y tenía veintiséis años. El Don siempre lo incluía en las misiones más importantes para que adquiriera experiencia y comprobar su valía. Como soldado, Giovanni era frío e implacable... Como persona, sarcástico y cortante. Amaba a Gloria pero no era correspondido. Respetaba a su padre, odiaba a Bruno. Sentía algo de desprecio por la forma de actuar de su hermano menor, aunque inconscientemente siempre estaba tratando de protegerlo.**

**Nascarella conocía al mayor de los jóvenes Lombardi. Sabía que era violento e impulsivo. Sin embargo no era la primera vez que lo ponía en su lugar y no le temía. Se marchó con una sonrisa de satisfacción, dando por finalizado el asunto.**

En otro lugar, Bruno se encontraba conduciendo por la carretera. Apenas había tráfico. Tenía que recoger a Torciano que seguramente estaría en su casa en compañía de alguna mujer. En la guantera había dos armas y varias cajas con municiones. A pesar de todo esto, Bruno no podía evitar tener un temblor en la entrepierna. Llegó a un peaje; delante de él estaba parado un coche. Miró con desconfianza el interior de este. Ahora que trabajaba en esto, no confiaba ni en su sombra. Dentro del coche sólo había una familia feliz hablando.

Siguió su camino hasta llegar a la casa de Torciano que se despedía de una exuberante mujer.

- Creo que llegué en mal momento – dijo Bruno mirando a la “amiga” de Torciano.

- No te preocupes, Anita ya se marcha – dijo el otro, mientras le entregaba unos billetes a la dama.

- ¿De qué se trata?

- Fanesi quiere hablar contigo de algo serio.

- ¿No puedes adelantarme algo?

- No – dijo Torciano secamente.

Benny Torciano era Soldado de los Montivani, bajo las órdenes de Fanesi. Trabajaba junto al nuevo Asociado Bruno Trapani. Alto, flaco, pelo oscuro pero en poca cantidad, tenía treinta y tres años y era soltero. Estaba con los Mantovani desde los veintitrés años. Era uno de los encargados de extorsionar a los comerciantes influenciados por los Lombardi. No le había caído muy bien la entrada de Bruno a la familia, no confiaba del todo en él, aunque Bruno le reportaba beneficios desde que había quedado a su cargo.

Y Bruno estaba un poco pálido pues no le resultaba muy grato tener que tratar con Don Montivani.

Sonó el teléfono en el “Venecia Social Club”, cuartel general de Jimmy Nascarella en Midtown (Manhattan). Era Bruno, desde una cabina; habían pasado

unas cinco horas desde que hablaron y ahora las noticias tampoco eran muy alentadoras.

- La entrega del martes se ha suspendido; por lo visto la policía estaba al tanto.

- De acuerdo – dijo Jimmy con voz seria – pues tendrás que buscar otro momento. Es algo que hay que hacer, hay que darles un golpe, que sepan que estamos encima.

- La próxima semana tendré noticias – terminó Trapani, con aire preocupado.

Nascarella no acogió nada feliz aquella llamada. Colgó el teléfono y se sentó en un taburete. Estuvo reflexionando por unos momentos sobre aquello. Se sentía culpable por haber escogido a Bruno para aquel trabajo tan difícil. Se había precipitado, había cometido un error; y aquel error podía perjudicar a la Familia, posiblemente de forma fatal. Tuvo un momento de debilidad, pero no tardó en recuperarse. Aún no había perdido toda la confianza en su hombre. Este no le había dado razones reales para ello; además conocía perfectamente a Bruno desde niño. Necesitaba saber si realmente le seguía siendo fiel; y necesitaba pruebas para ello.

Al día siguiente, Trapani lucía cansado. Toda la situación que tenía encima no le había dejado pegar los ojos durante toda la noche. Recordaba el tono poco convencido con el que le había contestado Nascarella cuando recibió el informe y no estaba seguro de si Jimmy se lo habría tragado, aunque Bruno no mentía. A Torciano le habían dicho que no debía realizarse la entrega puesto que su contacto en la policía se lo había aconsejado. Aunque ya había entregado su informe y no esperarían noticias dentro de un tiempo, Bruno estaba confuso... Los Lombardi por un lado... y Gloria... ¿dónde estaría su amada ahora?

En una pequeña habitación, sentada al lado de la ventana, se encontraba una mujer de mirada triste. Su prometido la visitaba cada vez con menos frecuencia

desde que había comenzado un extraño trabajo que le absorbía más tiempo del que necesitaban para estar juntos.

- Tal vez hoy venga a visitarme – suspiraba, mientras miraba la mesa delicadamente arreglada con dos platos, un pastel y en medio unas flores algo marchitas de las cuales aún colgaba una tarjeta que decía: *"Para mi amada Gloria"*.

Entonces, sonó el teléfono en la habitación: una voz pausada y a la vez tenebrosa le dijo:

- No hables con nadie sobre esto. No des explicaciones. El vehículo pasará a buscarte en dos horas – ordenó la misma voz evidentemente impostada y tajante.

Gloria sabía que no podía negarse. Mientras iba en la parte trasera, en dirección a un restaurante de carretera en las afueras de Nueva York, observaba a los dos hombres que habían venido a recogerla; los conocía. Eran Enzo Marinello y Genco Stantaro, dos esbirros de quien la había citado.

- Te esperaba, Gloria – dijo el hombre que la recibió en un lugar reservado del local.

Enzo y Genco se habían sentado a otra mesa. No los miraban directamente pero Gloria sabía que los observaban.

- ¿Qué sucede? – Gloria se sentó frente a él, quien en ese instante, hacía una seña al camarero. Pensaba, mientras este apuntaba lo que el otro hombre pedía, sobre si tendría algo que ver esta misteriosa charla con el comportamiento extraño de Bruno esas últimas semanas.

Era la novia de Bruno Trapani, tenía veintisiete años y no sabía mucho de sus actividades. Estaba muy enamorada y esperaba algún día poder casarse con él. Se había criado en el seno de una familia de emigrantes napolitanos, razón por la cual sabía las reglas a las que debía atenerse. Era alta y morena de piel y pelo. Tenía un cuerpo estilizado y vestía de forma muy americana, lo que indicaba que había sido muy influenciada por la sociedad de EEUU.

## II

Nascarella decidió dar vuelta la página con el asunto de Trapani y esperar el próximo informe. Además el pobre muchacho arriesgaba su vida en todo momento ya sea con los Montivani, si era descubierto o con los mismos Lombardi, específicamente por parte de Giovanni que, para mala suerte de Bruno, se había encaprichado precisamente con su novia. Pero aunque esto último le preocupaba, sabía que Giovanni no se atrevería a nada, mientras él se encontrara vigilando.

- ¿En qué piensas Jimmy?... Se enfría tu café.

- En nada, querida, asuntos del trabajo... tú sabes – dijo Nascarella, despertando de sus divagaciones.

Vivía con su esposa y sus tres hijos. En ese instante se encontraba en la cocina, tomando un café con su mujer.

- Claro, tu trabajo- dijo la señora Nascarella bajando la mirada.

- ¿Y ya hablaste con Verónica? - preguntó Jimmy para cambiar el tema.

- Sí, y no quiere decirme quién es su admirador secreto.

- Ya no es secreto.

- Dice que lo dirá el domingo para su fiesta de cumpleaños pero si tú lo sabes, dímelo, Jimmy.

- No lo haré, tendrás que esperar ya que si te lo digo antes, se armará un lío...

Ya sabes el carácter que tiene.

- Es la más parecida a ti – dijo la señora Charlotte con una sonrisa.

- Ja ja ja, yo creo que...

En ese instante. sonó el teléfono. Charlotte atendió y con una notoria cara de desagrado le dijo a su esposo:

- Te llaman.

Jimmy intercambió algunas palabras y colgó. Inmediatamente, se puso de pie, tomó el abrigo que colgaba del perchero y se dispuso a salir pero antes, oyó una voz cálida y a la vez triste.

- ¿Ya te vas...? Pero si hoy ibas a quedarte en casa...

- Lo sé, querida, pero tú sabes, el trabajo... – dijo Nascarella, tomando ambas manos de su esposa.

- Te veo preocupado. ¿Es algo grave, Jimmy? ¿Volverás temprano? -

- Descuida, Charlotte, volveré pronto y te traeré algo bonito.

- Sólo quiero tenerte en casa para la cena.

Charlotte Grandiere llevaba diecisiete años casada con Jimmy Nascarella. Sabía perfectamente que tanto los negocios como el mundo de su esposo no eran legales y lo aceptaba, aunque le era difícil acostumbrarse a esas desapariciones. Nascarella asintió, besó a Charlotte y se marchó.

En el portal, se encontró con sus guardaespaldas. Les hizo un gesto para que lo acompañaran al coche, siempre preocupado por el trabajo que le había encomendado a Bruno; quizá se había equivocado a la hora de escogerlo para que lo hiciese.

El chofer de Nascarella preguntó:

- ¿Cómo va todo, Jimmy?

Nascarella se quedó pensando un momento:

- Sin novedades – contestó, seriamente.

Al darse cuenta de la preocupación que tenía su jefe encima, le dijo:

- Todo se resolverá pronto.

- Eso espero, Carlo, eso espero.

Carlo Calvano era el chofer de Nascarella desde hacía unos años. Jimmy confiaba en él ciegamente, desde que le salvó la vida ayudándolo a escapar de un sicario de Montivani. Era un hombre corpulento, pesado y alto. No hacía uso de su fuerza muchas veces y tampoco tendía a hablar demasiado. Su lealtad hacia los Lombardi no se podía medir. Llevaba mucho tiempo sirviendo a Nascarella. En muchas ocasiones, había visto los vertiginosos ojos de la muerte por su superior...

Este, por supuesto, le pagaba una buena suma, pues reconocía la peligrosidad del trabajo y le sobraba el dinero para recompensarlo. Lo había conocido de una forma un tanto peculiar. Jimmy paseaba por el barrio, cuando

todavía era un soldatti de la Familia y, de repente, una voz pronunció su nombre, se volvió y tenía una pistola apuntando directamente a su cabeza. Cuando el tipo, que parecía de los Montivani, apretó el gatillo y Jimmy ya se veía muerto, el arma no expulsó ninguna bala, se había encasquillado. Nascarella no iba armado, así que empezó a correr y correr; no sabía exactamente hacia dónde se dirigía; en aquel momento las piernas hablaban por él. Entonces había divisado un taxi y se acercó de prisa a él. En el interior, estaba Carlo Calvano, por aquel entonces un desconocido.

- Al East Side y rápido.

Desde entonces se había convertido en uno de sus hombres de confianza.

Nascarella estuvo pensativo todo el trayecto ¿Para qué le habrían citado en aquel lugar? Por fin llegaron a destino: un restaurante en las afueras de Nueva York: en la puerta ya había dos lujosos coches aparcados de la Familia.

Carlo se quedó fuera. Mientras, Jimmy cruzó la puerta del restaurante que, a esas horas, estaba cerrado al público. Vio que el camarero se retiraba de una mesa, le hizo una seña para pedirle algo, a la vez que saludó con la mirada a los dos que allí estaban, Silvio Palmice y su hija.

- Lo de siempre – dijo Jimmy.

- Hola, Jimmy, toma asiento – dijo Silvio señalándole una silla vacía.

- Demasiado cerca de la ventana – alegó, antes de sentarse.

- Creo que ya conoces a mi hija Gloria.

- Sí, de vista – dijo Jimmy secamente y un poco descortés.

Gloria no sabía qué pintaba allí. Los había visto a todos alguna vez pero ni su padre ni Bruno le presentaban nunca a sus amigos y esos tipos cerca la ponían nerviosa.

Uno de ellos se levantó de pronto y se acercó a la mesa.

- Olvidé que debo retirar una mercancía pero regresaré en cinco minutos.

- Eres un cabezota, Genco – dijo Silvio, con una mueca de disgusto, y luego agregó -. Es extraño que quieras salir ahora ¿no? ¿Carlo puede acompañarlo? – preguntó a Nascarella.

**Por la mirada de Genco se podía notar que no le gustaba la idea en absoluto pero sólo inclinó la cabeza con un gesto de aprobación.**

**- Sí, dile a Carlo que yo lo autorizo – dijo finalmente Nascarella, quien había estado en silencio todo aquel rato.**

**- Confío más en Carlo que en Genco – dijo Silvio con una risotada.**

**- Bueno, al grano – Nascarella se veía notablemente aburrido.**

**Cuando ambos hombres se marcharon, Silvio volvió la mirada a su hija.**

**- Gloria, te hemos traído aquí para hablar sobre Bruno... – comenzó su padre – Se encuentra involucrado en un asunto serio y necesitamos que nos digas todo lo que te haya contado Bruno y su comportamiento en estas últimas semanas.**

**- Para así poder ayudarle – concluyó Jimmy, que notó apagados los ojos de la chica.**

**Gloria no sabía qué responder, por supuesto estaba preocupada por Bruno, pero él nunca le contaba nada de su trabajo.**

**- ¿Qué significa esto? – preguntó, con una voz temblorosa.**

**- Por favor, límitate a responder, este es un asunto serio – respondió su padre, intentando dar imagen de autoridad.**

**- Él nunca me cuenta nada de su trabajo, pero sí es cierto que pasa tiempo fuera de casa, más de lo normal; me preocupa que le pueda pasar algo...**

**Según dijo eso se sintió como si hubiese traicionado a Bruno.**

**En ese instante, Jimmy notó algo extraño y de repente...**

**- ¡Al suelo! – bramó.**

**Tres hombres armados aparecieron desde la calle con ametralladoras, dispuestos a no dejar títere con cabeza...**

**- ¡Malditos! – dijo Jimmy.**

**Había aumentado el enfado que ya tenía y sacando su arma, exclamó:**

**- ¡No saldrán vivos de esta...!**

**Se levantó y disparó una ráfaga de tiros hacia los agresores. Entonces se oyó un grito. Jimmy sintió un calor en el pecho que le hizo caer al suelo.**

**Estaba muerto.**

**Silvio agarró del brazo a Gloria y le dijo:**

**- Hija, ¡corramos!**

**En el último momento, ella agarró el arma de Jimmy y se la guardó en el abrigo. Su padre abrió de golpe la puerta, pistola en mano, y disparando.**

**- ¡Gloria, vamos al coche! Entonces la muchacha vio cómo uno de los hombres se acercaba. Sacó el arma que había tomado y disparó un tiro que por fortuna acertó en plena cabeza.**

**- ¡Por Dios, hija! ¡Limpia las huellas y tira el arma! Vamos a casa de Albert Tarantella – dijo, mientras arrancaba el coche.**

**Silvio Palmice tenía sesenta y tres años. Estaba en la Familia Lombardi desde sus inicios, pero siempre había sido uno más, no había ascendido a más de soldado y se ocupaba de una tranquila correduría de apuestas al oeste de Manhattan. De pelo blanco y estatura media, había perdido ya las facultades necesarias para ser un personaje importante dentro de la Mafia. Nunca había tenido una buena relación con Gloria.**

**Se encontraba pensativo. Gloria por su parte, no entendía nada y sentía una horrible mezcla de confusión y miedo.**

**- ¿Quiénes eran?**

**El padre no tenía la menor idea.**

**- No lo sé, hija, estoy igual que tú ahora mismo pero te juro, si llego a saber quién pudo atreverse a cometer semejante aberración, soy capaz de...**

**- Por favor, papá, no sigas - interrumpió Gloria que ya no quería saber más de violencia.**

**Comenzó a preocuparse por Bruno, se preguntaba miles de cosas acerca de él. Junto con su padre, se encontraban inmersos en un mar de dudas.**

**En tanto (y bastante lejos de allí), Bruno se encontraba en casa de Don Montivani en donde, junto a Benny Torciano, debían reunirse con Fanesi. Bruno trataba de escuchar lo que charlaban.**

**Paul Fanesi, Caporegime de los Montivani, había admitió a Bruno dentro de la Familia, luego de ponerlo a prueba, para ver a cuál de las dos era leal. De contextura mediana, con un ligero sobrepeso, casado, con tres hijos y cincuenta y dos años de edad.**

**Más allá de que nunca había sido un Caporegime muy importante de los Mantovani, hacía años le había sido encomendada la tarea de que él y sus hombres se encargaran de ir consiguiendo algunos de los negocios de los Lombardi en Manhattan.**

**Por eso había admitido a Bruno, sabiendo que tenía alguna relación con los Lombardi (pero no que había trabajado expresamente para ellos); sabía que este hombre podía darle información útil para derrumbarlos y que, si esto pasaba, conseguiría una mayor reputación y mayor poder dentro de la Familia. Era muy ambicioso y aunque no era de los caporegimes con más soldados, estos le eran totalmente leales y harían todo lo que él les ordenara. Conversaban sobre lo acontecido, pero no perdían de vista a Bruno:**

- ¡Listo, jefe! Cumplida la misión!**
- ¿Resultado?**
- Van a llamarme en pocos minutos para decirme cómo terminó.**

**Sonó el teléfono.**

- ¿Sí? – Paul Fanesi se encontraba ansioso.**
- ¿Benny? – preguntaron al otro lado del teléfono.**

**Fanesi bajó de pronto la voz por lo que Bruno apenas podía oír.**

- No. Soy Fanesi. ¿Qué ha sucedido?**
- La misión pudo llevarse a cabo totalmente. Nascarella está muerto.**
- ¿Estás seguro de que Jimmy Nascarella está muerto...?**
- ¿¿¡Mataron a Nascarella!?? – dijo de pronto una gruesa voz al fondo de la habitación.**

**Unos segundos antes, la puerta se había abierto y había hecho su entrada Don Montivani. Al no tener respuesta, dijo elevando la voz:**

- ¿Quién mató a Nascarella? ¡¿Quién ha dado esa orden?!**

**Un silencio sepulcral inundó la sala y Bruno bajó la mirada un tanto amedrentado por la presencia de Don Montivani a quien nunca había tenido tan cerca y más que nada por lo que acababa de oír.**

**¿Sería cierto? ¿Nascarella había muerto?**

### III

Al día siguiente, un joven algo alterado se dirigió corriendo a la terraza de la mansión Lombardi. Don Giuseppe se encontraba en el lugar charlando con su hijo Giovanni.

Era el Don de los Lombardi, quien había encomendado a Nascarella la tarea de infiltrar a un hombre dentro de la otra Familia. Alto y ancho, conservaba la fuerza de su juventud. Pelo canoso, cincuenta y dos años, casado y con dos hijos: Aldo y Giovanni Lombardi que ya trabajaban como soldados de la familia, aunque eran muy jóvenes para ninguna labor de mando.

Desde que su familia se había convertido en una de las más importantes de New York, siempre había mantenido una actitud pacífica ante las otras. La consecuencia de esto era el incipiente apoderamiento de Manhattan por parte de Montivani. Había empezado sus actividades mafiosas en Sicilia pero había tenido que emigrar a EEUU donde, con sus hombres de confianza, se hizo con el poder en Manhattan y sus negocios más desarrollados, aparte de las usuales del juego y la extorsión, eran las finanzas de Wall Street y otros “legales”.

- ¿Algún problema, muchacho? – preguntó extrañado Don Lombardi.

- Tal vez lo vienen persiguiendo los Irlandeses para colgarlo – bromeó Giovanni, aunque despectivamente.

Aldo pasó por alto el sarcasmo de su hermano y con la voz quebrada le informó a su padre:

- ¡¡Asesinaron anoche a Nascarella, me acabo de enterar!!

El Don quedó anonadado. Bajó la mirada, movió la cabeza e hizo un gesto a su hijo Giovanni para que le acompañase. Antes de retirarse, le dirigió una mirada a su hijo menor.

- Tenemos una conversación pendiente... no creas que voy a olvidarlo.

Aldo Lombardi tenía veintidós años. Trabajaba como soldado pero pensaba que siempre se podían solucionar los problemas mediante la diplomacia.

Respetaba y amaba a su padre. Quería mucho a su hermano pero a veces le temía. Estaba enamorado de Alice Brennan, hermana de Bertie Brennan, quien pertenecía a los O' Conaill, poderosa banda irlandesa. Mantenía su amor en secreto hasta que un par de días atrás había sido descubierto por Giovanni, quien informó a su padre lo ocurrido. Quedó solo en la terraza, angustiado, con la vista perdida en un horizonte inexistente. Su padre ya sabía lo de la relación con la joven irlandesa y seguramente le hubiera ido peor si no hubiese sido por lo que acababa de ocurrir.

Nascarella había muerto. Aldo luchaba por recuperar el aliento y la claridad mientras intentaba adivinar cómo actuaría Don Giuseppe. Un hombre como él querría enterarse de todos los detalles antes de dar el siguiente paso, pero lo que estaba claro era que ese paso sería demoledor.

El joven Lombardi imaginaba a Nascarella tirado en el suelo, con los ojos muy abiertos. Inmóvil, inmóvil para siempre. Sin ninguna duda, estaba a punto de comenzar algo importante. En realidad, ya había comenzado.

Volvió la vista atrás y vio que el Don no había salido de la habitación: se encontraba junto a su hijo mayor y clavando sus ojos en los de Giovanni le dijo en sombrío italiano:

- Llamen a Albert... – se refería a su fiel Consigliere. Albert Tarantella tenía cincuenta y ocho años y era el tío de Nascarella. Él había sido el que empezara, junto a Giuseppe, la Familia Lombardi. Era el Consigliere, astuto como un zorro: nunca le habían podido tender una trampa. Se encargaba secretamente del tráfico de armas para su Familia. Se teñía el pelo de negro (vanidad increíble en un siciliano de su generación). Era bajo y corpulento. Siempre pensaba en lo negativo. (Tenía un oscuro secreto en su vida, algo de lo cual no había llegado a perdonarse nunca, pero creía que se iría con él a la tumba...)

Giovanni marcó el número de la casa de Albert Tarantella, le dijo que viniera rápidamente.

El Consigliere le contestó que conocía lo sucedido; tenía con él a Silvio Palmice y a su hija Gloria.

Un coche llegó a la puerta de la mansión. Salieron de él Carlo Calvano y Genco Stantaro... Esperaban en la terraza Don Giuseppe, su hijo Giovanni y Lucio Guzzino, el fornido guardaespaldas del Don. También se encontraba Aldo que estaba ahí más bien por curiosidad pues sabía que su aporte no era considerado en esas situaciones.

Carlo y Genco entraron con la cabeza gacha, acompañados por dos de los hombres de la familia.

- Siéntense – dijo Don Giuseppe, señalando las sillas de la pequeña terraza.

- Resumiré – comenzó Carlo -. Llegué con Jimmy y ya estaban allí Palmice y su hija para informarle de un tema. Habían llegado con ellos Enzo Marinello y Genco. Yo me quedé fuera fumando, cuando Genco vino y me preguntó si lo llevaba a recoger una mercancía, ya que Enzo se lo había pedido y el señor Nascarella lo había autorizado. Luego vino el propio Jimmy a darme la autorización. Así que fuimos. Cuando regresamos, estaba lleno de polis así que pasamos de largo; pero vimos a Nascarella muerto; lo subían a la ambulancia. Y a un tipo desconocido también muerto...

- ¿Y usted, Genco, tiene algo que contarnos? – interrumpió Don Giuseppe.

- Lo mismo que Carlo, señor.

Don Giuseppe se veía claramente cansado y le hizo una seña a su hijo Giovanni para que continuara con el interrogatorio.

- ¿Y eso que ibas a recoger...? Me suena a excusa barata – Giovanni tenía una mirada peligrosamente inquisidora que hacía temblar las piernas de Genco.

- Era un encargo de Enzo que....

- ¡¿Y tú eres su sirviente?! – casi gritó Giovanni.

- No es eso, señor, el problema es que Enzo tenía resentida su pierna derecha por una bala que recibió la semana pasada.

- ¿Y Enzo en dónde se encuentra ahora?

- No lo sé, señor.

- ¿Y tú sabes algo? – dijo mirando a Calvano.

Pero antes de que Carlo respondiese, Aldo habló por primera vez:

- Por favor, Giovanni, todos sabemos que Carlo jamás se atrevería a...

- ¡Nadie ha pedido tu opinión! – dijo Giovanni bastante alterado y con un tono más bajo y sarcástico continuó hablándole a su hermano – Mira, Aldo, ¿por qué no vas afuera a jugar con el perro?

Aldo se incorporó indignado por el desprecio de su hermano y se marchó. Carlo, entretanto, sintió la fría mirada de Giovanni y recordó que tenía una respuesta pendiente.

- No sé en dónde puede encontrarse el tal Enzo... de hecho, nunca los había visto antes... ni a él ni a Genco... lo juro. Además ni siquiera sabía que íbamos a ese restaurant pues yo jamás lo pregunté hasta el momento en que Nascarella me dijo que detuviera el vehículo. Recuerde, Giovanni, que el propio Nascarella me autorizó a ir.

Quando todos estaban escuchando atentamente, llegó Albert:

- Hola. Según Palmice, Enzo salió a buscar una cosa al coche justo antes de producirse el incidente. Y agrega que el propio Jimmy autorizó a Carlo a abandonar el lugar.

Don Giuseppe no acogió nada bien la noticia. Se aflojó un poco la corbata y bajó la cabeza. Experimentó en su estómago una sensación terrible, como si este se le diera vuelta y empujara el corazón hasta la boca. No era, por supuesto, y él lo sabía, un problema físico. Conocía a Jimmy Nascarella desde que había llegado a Estados Unidos.

Giuseppe se sentía profundamente mal en aquellos momentos. Sus pensamientos no daban un solo segundo a los asesinos de su amigo, ni a la idea de una venganza; en su cerebro no había más que recuerdos de Jimmy. No quería que su hijo lo viese en aquel estado, de modo que decidió entrar en su casa y recluirse en su habitación, de donde no salió hasta la hora de cenar.

Hacía bastante rato que Aldo no aparecía.

Giovanni suspiró al darse cuenta... (*“Debe andar con su zorrilla irlandesa”*).

**Cuando todos se marcharon, fue por su coche; la preocupación comenzaba a corroerle los nervios.**

**Sin darse cuenta, llegó a la casa de los Palmice y llamó a la puerta.**

**Abrió Gloria.**

**- Hola... Mi padre no se encuentra.**

**- Lo sé, quiero saber cómo estás...**

**La fría mirada del joven se suavizó al verla... siempre tan hermosa, aun en los peores momentos.**

**- Pasa entonces, y no te preocupes pues estoy perfectamente – dijo Gloria confundida, pues no era la primera vez que Giovanni la visitaba, aunque siempre se iba con una negativa y esta vez no sería la excepción.**

**- ¿Te das cuenta, Gloria? Estos son los problemas que te trae Bruno.**

**- Soy feliz con Bruno y lo sabes... No me interesa lo que haga.**

**- A los hombres que trabajan de traidores, les queda gustando eso de traicionar y no se puede confiar en ellos. ¿Acaso te ha contado algo de su trabajo extra...? ¿Quieres saberlo...?**

**Gloria se sintió algo incómoda, casi atacada. No sabía a qué se debía aquel interrogatorio tan ofensivo, pero tampoco quiso formular ninguna pregunta. Sabía que Giovanni era algo temperamental y el hecho de enfadarlo no le traería sino malas consecuencias. De modo que decidió responder a las preguntas del joven, pero sin comprometerse demasiado, pues una mujer jamás debía dejar atrás sus principios. Quería a Bruno más que a nadie en el mundo y no iba a consentir que nadie lo insultara sin razón.**

**- No sé de dónde habrán salido esas difamaciones, pero Bruno no es un buitre como los demás – hizo una pausa –. Le interesan otras cosas además del dinero.**

**A Giovanni no pareció gustarle esa respuesta, ni el contenido ni el tono con el que los dijo Gloria. De modo que soltó un suspiro de desaprobación y lo siguiente lo dijo de forma algo más desagradable:**

**- Estamos hablando de negocios importantes, Gloria.**

**Al Tarantella conducía su coche camino a su casa.**

**Estaba casi seguro de que Enzo Marinello estaba implicado en el asesinato de Jimmy aunque los otros dos no dejaban de incomodarle. Ahora, sobre sus hombros colgaba la tarea de averiguar quién era el responsable de semejante imprudencia. Se maldecía por no haber hecho caso a Luigi Vacani y Raul Viviano, sus amigos y hombres de confianza, acerca del asunto de hacer su propia Familia. Sabía que tenía talento suficiente para ello, pero la amistad que le unía a Giuseppe le hizo permanecer en la Familia y seguir como Consigliere. Empezó con sus amigos en un lucrativo negocio de protección. Pensó que si no los hubiera ayudado a escapar, nada hubiera pasado. No estaría metido en la Mafia.**

**(Tampoco olvidaría nunca ese otro “fallo” de su vida. Ya había sabido qué era lo que los hombres llamaban miedo pero él sólo temía a la muerte y no mucho. Recordó el momento en que hicieron explotar su casa. Temió por la vida de su mujer e hijos pero no por la de él: él era un auténtico siciliano...)**

**Llegó a una avenida y paró: esperaba a alguien. De pronto ese alguien se subió al coche. Era Bruno Trapani.**

**- Hola, Al. Sabía que me ayudarías.**

**Albert arrancó el coche sin decir nada, pensando en el lío en que se estaba metiendo. Lo miró atentamente: se daba cuenta de que Bruno estaba muy mal, casi se podría decir asustado. Y no era para menos. "Jugar" a dos puntas en el mundo de la mafia no había sido nunca bueno para nadie (¡si lo sabría él...!) A Bruno Trapani lo habían colocado en una situación tan difícil que, por un lado, quería cumplir, pero por el otro, hubiera querido escaparse lo más lejos posible. Sólo Al podía ayudarlo... tal vez. Detuvieron el coche en un descampado.**

**- ¿Qué te pasa? Si ya estás enterado de lo que pasó, sabes que este no es un buen momento para mí. No te olvides de que Jimmy... – comenzó Tarantella.**

**- Sí, ya sé... Y lo siento. Pero es que no sé a quién recurrir. Estoy desesperado.**

**- ¿Es por el encargo que te dio Jimmy?**

- Y por algo más – hizo una pausa –. Giovanni... eh... no sé cómo empezar...

- Giovanni... ¿qué?

- Creo que Giovanni fue quien facilitó la información a los asesinos de Nascarella. Y con la colaboración de Enzo Marinello – dijo Bruno secamente.

- ¿Qué dices? – el horror se ahogó en la garganta de Albert Tarantella – ¿Giovanni mandó matar a Jimmy...?

Bruno bajó la cabeza con un gesto de asentimiento. Parte de lo que estaba diciendo era verdad: se había enterado de que nada menos que el hijo mayor del Don había sido responsable del fatal tiroteo pero por una razón completamente distinta. Giovanni ya se había dado cuenta de que Jimmy protegía a Bruno ante Don Giuseppe y lo justificaba cada vez que cometía un error, de manera que resultaba muy difícil poder deshacerse de él. Además de las humillaciones e insolencias que había tenido que soportar del caporegime.

El muchacho sabía que Giovanni era un “maledetto” de primera pero jamás un traidor respecto de la Familia, así que tendría que cuidarse las espaldas de un poderoso rival que no dudaría en destruirlo y con el que nunca se había llevado bien. Tampoco ignoraba que Gloria estaba en juego y no dejaría que ese tipo le pusiera una mano encima.

- Lo siento, Al, pero debemos cuidarnos de ese tipo que no merece el apellido Lombardi.

Bruno estaba decidido pues si le jugaban sucio, él también lo haría.

- ¿Qué propones que hagamos, Bruno? – preguntó Albert, pues ya se había quedado sin ideas por el momento.

- Primero que nada, vamos a visitar a Silvio, él debe tener más información.

- Está bien, de acuerdo, iremos a charlar con Silvio.

Arrancó el vehículo y enfiló calle arriba.

- ¿Tienes algún arma aquí? – preguntó Bruno.

- Sí, pero las tengo en el maletero, como todos... exceptuando la que llevo en la sobaquera.

Albert Tarantella no se había parado a pensar realmente en que el asesino de Nascarella fuera Giovanni. El Consigliere de los Lombardi no entendía cómo Bruno había llegado a saber que el crimen podía haber sido obra del hijo del Don. ¿Cómo podía un “soldatti” normal y corriente, al que siempre se le habían cerrado las puertas, saber cómo actuaban las mentes de la cúpula de la familia? No, finalmente comprendió que no debía fiarse tanto de las difamaciones de Bruno; es más, Trapani podía estar mintiendo en razón de que Giovanni era un estorbo. Y que además era Trapani quien estaba en el punto de mira de todos y mentía para echarle la culpa a otro.

Tarantella decidió no hacerle mucho caso. Continuó conduciendo con una sospecha que no quería dar a conocer a Bruno, evidentemente. Pensó que si Giovanni lo descubría y no se aclaraba el asunto ese del traidor, a él lo matarían sin lugar a dudas. Sobre todo, si Giovanni seguía vivo. De repente, tuvo una idea. Si mataba a Bruno, no habría nadie que protestara porque todos lo señalaban ahora mismo; se apuntaría un tanto y se quitaría de encima el peso de ser el cómplice de Trapani. Su mano se deslizó hacia su sobaquera; en el momento de sacar su arma se detuvo. ¿Qué culpa tenía Bruno de estar en la lista negra de Giovanni?

Finalmente, llegaron al piso de Gloria. La gente caminaba tranquilamente por la calle. Empezaba a oscurecer.

## IV

**Giovanni se encontraba en su habitación. Había llegado no hacía mucho y se encontraba recostado en su cama dándole vueltas a la conversación que había tenido con Gloria... ("No me interesan los malditos negocios que los mueven a todos ustedes ni por qué Bruno hace lo que hace. Sólo quiero que te marches porque mi padre llegará dentro de un momento y no quiero darle explicaciones a nadie.")**

**Las maldiciones de Giovanni fueron interrumpidas de pronto por alguien que entró de improviso a la habitación.**

**- Tenemos que hablar de algo serio – dijo Aldo, cerrando la puerta.**

**- ¡Vete de aquí! – Giovanni hizo un gesto con la mano sin salir de la cama y se dio la vuelta.**

**- Escuché cuando ordenaste atacar a Nascarella y siento que te hayan resultado mal las cosas.**

**Giovanni se quedó sorprendido al ver que su hermano menor, aunque parecía inocente, no lo era tanto.**

**- Sólo quería darle un susto para que Bruno no se sienta tan invulnerable. Todo lo más herirle un brazo pero... a esos perros se les fue la mano.**

**El mayor de los hijos de Lombardi se había sentado en la cama y por primera vez se le notaba un gesto de arrepentimiento, pero no había contado toda la verdad.**

**- Lo sé y te comprendo perfectamente, aunque no lo creas. Por Alice yo haría lo que fuera pero no debes dejar que Bruno te haga perder la cabeza. Recuerda que está haciendo un trabajo para nosotros y no lo debes arruinar. Al menos por ahora.**

**- Pero a Gloria sólo le interesa aquel hijo de puta. Y creo que por ese motivo cometí un grave error. Antes de marcharme de su casa, le dije que regresaría por**

ella y me la llevaría sobre el cadáver de Bruno y de cualquiera que se opusiera aunque fuera su padre...

- Bueno – dijo Aldo pensativo –, no es precisamente algo que debas decirle a la mujer que quieres.

- ¿Y qué querías que hiciera...? Estaba muy molesto. Además, en realidad tengo pensado cargarme a Bruno.

Aldo se lo quedó mirando un instante. Parecían haberse invertido los papeles. Ahora era el menor el que llevaba la delantera.

- Escucha, Giovanni, seré un “blanducho” como dices pero ante todo soy un hombre y, como tal, te doy mi palabra de que te ayudaré con Gloria y después veremos qué pasará con Bruno. Pero haz todo con calma y saldrás adelante.

Aldo esbozó una sonrisa antes de marcharse. Giovanni no alcanzó a decir nada pero en su interior agradeció este fraternal gesto de apoyo de alguien que, aunque no sería nunca de peso en la Familia debido a su debilidad y poco olfato para los grandes negocios, era un chico inteligente y sabía afrontar los problemas con serenidad.

Ahora Bruno, sin saberlo, tenía como enemigos a los dos hermanos Lombardi.

Mientras tanto, Albert y Bruno se bajaron del auto. Al llegar a la puerta de la casa de Gloria, sin siquiera tocarla, sintieron pasos del lado de adentro y el sonido de quitar el seguro. La puerta se abrió, y Gloria apareció detrás de ella.

- Oh, Bruno – dijo, dejándose caer sobre sus brazos –. ¡Estás bien!

- ¿Y por qué no habría de estarlo? – preguntó extrañado Bruno.

- Ya lo sabrás – dijo Gloria tristemente.

Se escuchó la voz de Silvio Palmice desde dentro:

- ¡Entren rápido!

Al y Bruno entraron al piso, este último con Gloria todavía abrazándolo.

- ¿Cómo estás, Bruno? – le preguntó Silvio tendiéndole la mano.

- Bien, señor – le respondió Bruno.

- ¿Y tú, Al? – le preguntó al Consigliere – Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

- Estoy bien – le respondió –, sólo que todavía muy impresionado por lo que pasó.

- Tu venida no podría haber sido en mejor momento. Gloria, hija, trae cuatro cafés.

- Sí, papá – contestó Gloria y fue a prepararlos.

Mientras, Bruno se quedó pensando en lo último que había dicho el padre de Gloria; luego le preguntó:

- ¿Por qué dice que no podríamos haber llegado en un momento mejor?

- Lo digo porque tenemos que hablar de lo ocurrido – respondió Silvio – o sea, revisar cómo pasó, por qué y qué debemos hacer ante esta situación. Siéntense – añadió –, tenemos que hablar.

- Bruno cree que el problema es Giovanni – dijo Al –. Que él es el traidor pero se las está ingeniando para hacer parecer que es una inocente paloma.

Gloria entró con los cafés que dejó encima de la mesa y pensó que esa era la causa de que Giovanni la hubiera visitado. Se sentó dispuesta a escuchar la conversación.

- Giovanni estuvo aquí y amenazó a mi hija con que mataría a Bruno o a cualquiera que se pusiera en su camino. ¿Deberíamos avisar al Don? – preguntó Silvio.

- No, Giovanni le engañaría y la situación empeoraría.

- ¿Por qué no dijeron eso antes? – preguntó Bruno que acababa de sentir un nudo en el estómago, no por las amenazas hacia él sino por la situación por la que había tenido que enfrentar Gloria.

- Ahora lo importante es averiguar qué motivos precisos son los que impulsaron a Giovanni a cometer esa locura.

- He llegado a pensar – dijo Silvio en voz baja – que Giovanni está ayudando a otra familia a destruir a su propio padre.

- ¿Otra familia?... ¿Te refieres a...?

- Probablemente, Albert, puesto que en este momento los únicos considerados rivales dignos de los Lombardi son los Montivani.

Por un momento, Al Tarantella desvió su mirada y se quedó pensando...  
(“¿Es que alguien sabría que...?”)

- Esto se está poniendo grave pero vamos por orden. Primero que nada, Gloria debe desaparecer: ella es una de las causas del arrebato de Giovanni – dijo decididamente Albert.

- Es fácil decirlo ¿no? – agregó Bruno algo molesto y continuó – ¿Ella es el problema? Déjenla en un armario por diez años. ¿Cómo la pueden meter en este lío!

- Mira, Bruno, no nos hagas las cosas más difíciles. Además tú también deberías desaparecer un tiempo – dijo bruscamente Silvio.

- Pero, Albert, y si desaparezco así como así, mis problemas no serán sólo con Giovanni sino con todos los Lombardi y los Montivanni. Con esos enemigos encima, mejor me suicido, ¿no?

Bruno estaba ahora evidentemente molesto y se paseaba por la sala de un lado a otro.

- No es necesario una acción tan extrema – dijo Albert, quien por otras razones, que sólo él entendía, estaba muy preocupado.

- Bueno, sea donde sea que ellos vayan, iré con ellos pues no puedo dejar sola a mi hija y a este muchacho.

Tarantella reflexionó un momento.

- Bien, conozco un buen lugar donde pueden esconderse mientras encuentro algo mejor. Parecía haberse calmado.

- ¿Dónde? – preguntaron Bruno y Silvio a la vez.

- En un antiguo departamento de mi propiedad. Ni el Don sabe de su existencia. Pero eso sí, debemos hacer como que los han raptado o algo así... Si no, creerán que ustedes son los traidores.

- Gracias, Al, pero yo tengo un sitio mejor – dijo Silvio –. Gloria, recoge tus cosas, nos largamos de aquí...

**Era evidente que Silvio no se fiaba del todo de Tarantella; esto se hizo patente entre todos. Obediente, Gloria, quien no había dicho una sola palabra, se mantuvo en silencio y se dirigió a su habitación.**

**Los hombres se levantaron y se dirigieron a la salida.**

**- Bruno, haz que parezca esto un rapto o algo así... Y trae a Gloria; debemos irnos ya – dijo Silvio.**

**Gloria salió de la habitación con la maleta. Tarantella y Silvio habían bajado. Al ver que sólo estaba Bruno, se lanzó en sus brazos y lo besó con pasión.**

**- Te extrañé tanto – dijo entre sollozos.**

**- Tranquila... Tranquila – la consoló él.**

**Albert se despidió y se marchó con la promesa de no decirle nada a los Lombardi pues Giovanni no debía enterarse. Silvio entretanto roció combustible por todo el lugar y, encendiendo un fósforo, exclamó satisfecho:**

**- ¡Arrivederci!**

**Y en medio de la noche, tres sombras se deslizaban al interior del coche para desaparecer por tiempo indefinido. Empezaba su exilio.**

Los Simone eran una pequeña Familia que tenía su territorio de acción exclusivamente en Nueva Jersey. No eran más de cincuenta soldados, con sus respectivos asociados, divididos en cinco “regimi”. Los miembros más importantes de la Familia eran Antonio Simone, jefe y hombre de honor de los más listos, que había pasado ya los cincuenta años y que había sabido mantener su territorio sin tener que enfrentarse violentamente a otras familias o bandas. Tenía un gran poder negociador y era aliado de la Familia Lombardi.

Por otro lado, estaba su vicejefe, el Sottocapo Gaetano Liggio, su más fiel compañero, cuya mayor virtud era ser el que mejor sabía cómo eliminar a los elementos que estorbaban la marcha normal de la Familia y era, en los círculos de los hombres de honor, uno de los más temidos del país; tenía un físico poderoso a pesar de sus cuarenta y cinco años y bastante mal genio, pero era el más leal de todos los miembros del Capo Antonio Simone. Esta Familia se dedicaba a la recogida de basuras, un par de salas de juego, apuestas deportivas, clubs de alterne, extorsión a los pequeños comercios y algunos negocios menores. Además un nuevo soldado hábil y listo para los negocios, sereno y a la vez salvaje para los momentos en los que la violencia era necesaria, acababa de ser hecho Miembro de la Familia, es decir Hombre de honor. Era sobrino de Gaetano Liggio y primo de Gloria Palmice, tenía veintiocho años y su nombre era Robert De Stefano.

Era una noche muy fría de invierno, no paraba de llover, en New Jersey...

Llegó un coche con matrícula de NYC y aparcó justo en la puerta de un edificio de apartamentos antiguos; en la misma puerta, los esperaba, con un paraguas, un joven alto y fuerte, muy bien trajeado. Salieron del coche dos jóvenes con sendas maletas y se despidieron del conductor lo más rápido que pudieron...

- Hija, cuídate mucho, yo estaré manteniéndome informado; no creo que vayan por mí, no sé mucho.

- Te echaré de menos, papá – respondió Gloria.

- No se fien del todo de Albert Tarantella; en estos momentos estamos solos – dijo, mirando a Bruno, a la vez que arrancó el automóvil y desapareció entre la espesa lluvia.

Gloria y Bruno quedaron en actitud de espera. Se acercó el hombre que esperaba en la puerta: era Robert De Stefano que había hablado horas antes por teléfono con Silvio, el marido de su tía muerta hacía tiempo, madre de Gloria. Les abrió la puerta y los hizo subir a la casa. Cuando entraron en el apartamento, se rompió el silencio:

- Bueno, no tienen nada más que decirme lo que necesiten; no creo que los busquen aquí ya que piensan en un rapto o que se han largado a una ciudad más lejana. Aun así, si quieren salir a dar una vuelta es mejor que lo hagan a mediodía, cuando la gente descansa en sus casas o bien por la noche, aunque siempre con cuidado y vigilando.

- Muchas gracias por todo, primo. Supongo que deberemos escondernos una temporada y aguardar noticias de mi padre – dijo Gloria visiblemente triste.

- Y lo más importante – dijo Bruno –... Yo sé que trabajas para los Simone pero ellos tampoco deben enterarse de que estamos aquí ya que están en constante comunicación con los Lombardi.

- Descuida, Bruno, Silvio ya me informó y no abriré la boca – contestó Robert decididamente.

Don Giuseppe Lombardi estaba deprimido. Se encontraba en su despacho con Albert Tarantella y Angelo Taviani, el nuevo caporegime de confianza del Don.

- ¿Qué noticias me traes...? ¿Has sabido algo?

El Don estaba ya cansado y la desaparición de Bruno lo había fastidiado mucho.

Miró a Angelo, tratando de darse cuenta de qué escondía la mirada de su nuevo aliado.

- Nada, Don Giuseppe. Hicimos revisar los restos del incendio minuciosamente y no hay nada que nos indique el paradero de Bruno y la muchacha.

El nuevo caporegime estaba nervioso. Quería verse bien ante los ojos del Don pero aún no había logrado nada importante.

- ¿Y tú qué opinas al respecto, Albert? Te noto callado...

Don Giuseppe estaba extrañado de la hermética actitud de Tarantella.

- Creo que deberíamos seguir concentrados en el asunto de Nascarella que es más importante que la desaparición de esos muchachos. Además, Silvio dijo que estaba averiguando por su lado.

Albert se sentía confundido. Le molestaba el hecho de tener que guardarle algún secreto a su Padrino (no era el único que le guardaba... Mejor olvidar...). Pero Bruno y Gloria eran las pruebas que se necesitaban para descubrir a Giovanni, por lo que estaban más seguros en el exilio voluntario.

- Si me permiten dar mi opinión, no me agrada ese tal Silvio. Me parece que ocultaba algo cuando vino a hablar con usted esta mañana – dijo Ángelo con desconfianza.

- Es bueno que seas desconfiado, aunque conozco a Silvio hace tiempo. En fin, me duele la cabeza. Dejemos el asunto hasta aquí por hoy.

El Don salió de la habitación dando por finalizada la pequeña junta.

Giovanni se encontraba pensativo. Intuía que eso del secuestro era una farsa y que el maldito Bruno había huido con Gloria. Se sentía humillado y derrotado por lo que acababa de suceder. De pronto sintió una voz familiar cerca de él:

- ¿Por qué tan pensativo en medio de la noche? – era Aldo que a diferencia de Giovanni, lucía radiante.

- ¿Qué? ¿No te has enterado...? Parece que Bruno y Gloria desaparecieron de la faz de la tierra.

- ¡Ahhh, sí! Dicen que los secuestraron... Extraño ¿no? – miró largamente a su hermano.

- No, ¡qué va! Ellos huyeron, eso es seguro. Probablemente de mí. Pero, cuando recupere los ánimos, salgo a buscarlos y los traigo vivos o muertos.

Giovanni golpeó sobre la mesa con sus puños mientras hablaba.

- Cálmate. Luego veremos qué podemos hacer al respecto y ahora quisiera hacerte una pregunta... ¿Encontraron a Enzo Marinello?

- Sí, lo encontré pero tuve que callarlo... Sabía demasiado ¿entiendes?

- Entonces... tú...

Giovanni no contestó. Sólo apretó los labios y asintió con la cabeza. Aldo no quería molestar más a Giovanni por lo que cambió de tema.

- ¿Sabes qué voy a hacer mañana? Voy a tomar una gran decisión. Cuando lo sepas, no lo vas a creer.

- ¿De qué se trata?

Giovanni comenzó a extrañarse de la alegría de su hermano.

- Mañana te cuento. Todo depende del resultado y también aprovecha de contarme por tu parte algunas otras cosas.

Aldo estaba decidido a sacarle la verdad a Giovanni.

- Como quieras.

Al día siguiente, un hombre, con un viejo abrigo gris y un sombrero gastado por los años, caminaba inadvertido entre la gente con paso lento. Llevaba una de sus manos en el bolsillo, como si protegiese algo valioso. Se detuvo entre dos viejos edificios y con una rápida mirada alrededor, entró al callejón. Una hermosa joven de cabellos rizados se encontraba en el lugar y se le iluminó el rostro cuando vio a este hombre.

- ¡Amore mio, sei qui! – exclamó ella, echándose en sus brazos.

- Lo dijiste en italiano... eres preciosa... Esto es para ti – dijo Aldo, entregándole una pequeña caja que llevaba en el bolsillo.

- Es... es... un... – una lágrima rodó por su mejilla al ver el valioso anillo.

- Cásate conmigo, Alice, y larguémonos de aquí.

La muchacha estaba inquieta.

- ¿Y si se entera tu familia, mi hermano...? Sólo por entrar a este barrio corres peligro...

- ¡Al demonio con todo! Yo he juntado dinero, no habrá problema. Además, tengo un amigo que ofreció ayudarnos.

- Me encantará casarme contigo entonces – dijo Alice, tomando las manos de su amado.

Un último abrazo, un beso y estaba todo decidido. Ambos enamorados se casarían a escondidas y podrían escapar de una vez por todas de ese violento mundo.

Aldo dejó Hell's Kitchen sin sospechar nada, convertido en el hombre más feliz del planeta. Nadie le quitaría la posibilidad de ser feliz, aunque lamentaba tener que dejar a su hermano justamente cuando las relaciones comenzaban a mejorar. Le había ofrecido su ayuda a Giovanni más que nada para que lo mantuviese informado de sus acciones y no volviera a repetirse el episodio de Nascarella... al fin y al cabo era su hermano y no quería que se metiera en más líos de los que ya estaba metido...

Mientras Alice veía marcharse a Aldo, se fijó en que se le había caído la billetera, seguramente al sacar la caja del anillo. La recogió pensando en que esa sería otra oportunidad para ver a su amado. Aldo caminaba feliz haciendo planes sobre la boda, cuando un coche se detuvo detrás de él y de golpe aparecieron dos hombres con gabardina y sombrero.

- ¿Ocurre algo? – preguntó Aldo.

Uno de los matones se quedó junto al coche mientras el otro se le acercaba a paso rápido. Sin mediar palabra lo tiró al suelo y le pasó una soga por el cuello... Aldo empezó a boquear a la vez que la soga se hundía en su garganta... Todo empezó a quedarse oscuro, cuando de repente la presión cedió y notó un gran peso en la espalda... Giró y vio la situación... Alice lo había salvado, había venido corriendo al ver la situación desde lejos y, empuñando una barra de hierro que había encontrado en el suelo, le había asestado un golpe seco en la cabeza. El matón que estaba junto al coche recogió al otro que estaba medio aturdido y lo

metió en el coche. Salió a toda velocidad por la calle... mientras Aldo se levantaba del suelo con la ayuda de su novia.

- Alice, ¡me has salvado! – exclamó Aldo.

- ¿Tú hubieras hecho lo mismo, no? – sonrió Alice, aunque estaba muy asustada.

Echaron a correr hacia el coche y una vez adentro hablaron:

- ¿Qué está pasando, Aldo? – preguntó muy seria Alice.

- No lo sé. Es posible que tenga algo que ver con lo de Tarantella y Trapani; nunca se sabe. No pude ver bien a esos dos... había muy poca luz...

- Yo tampoco pude verles las caras... ¿Y qué haremos? – preguntó Alice.

- Pues ahora mismo no lo sé... pero pase lo que pase, Alice, yo te protegeré.

Aldo estaba desconcertado después de aquel ataque. Sabía que su vida había sido salvada en el último momento. Podía haber muerto. Pero más que eso lo preocupaba cuál habría sido el destino de Alice. Ahora la tenía a su lado. No quería llevarla a su casa. Intuía que aquellos matones podrían atacarla.

- ¿Qué vamos a hacer? – preguntó la muchacha.

- Nos vamos a hablar con mi padre – dijo Aldo resueltamente.

- Antes quiero pasar por mi casa para ver si está todo en orden.

- Bueno, Alice, pero rápido que el tiempo apremia. De todas formas, ellos me buscaban a mí por lo que no debes preocuparte.

Estacionó algo alejado de la casa de los Brennan. Las luces del auto, apagadas. Bajaron y se dispusieron a entrar. Pero algo les llamó la atención. La puerta estaba abierta. Dentro, un total silencio, todo estaba en perfecto orden. Demasiado perfecto. El haber encontrado la puerta abierta multiplicaba las posibilidades de encontrar a alguien adentro; con un pequeño gesto amartilló su arma y, pistola en mano, entró en la casa. Comenzó a sentir algo de temor por lo que pudiera encontrar tras esas puertas... pero él era un Lombardi y no debía atemorizarse. Buscó en el salón... nadie. Buscó en el baño... nadie. Echó un vistazo en la cocina... Desde allí emanaba un extraño olor, el olor que deja un silenciador después de efectuar los disparos. El olor venía del dormitorio. Corrió hacia la

habitación e intentó abrir la puerta, pero no podía, notaba humedad en los pies, miró y... se encontró con un gran charco de sangre. La ira golpeó de lleno en su cabeza como si fuera una pelota de béisbol recién bateada por un profesional. Rojo de furia, la echó abajo. Había dos cadáveres: los habían matado mientras dormían (eso supuso porque no había señales de lucha), la sangre salía de sus cuerpos acribillados... Las dos personas eran adultas: un varón con un total de tres proyectiles y una mujer con dos disparos en la cabeza y en el pecho respectivamente. Así a primera vista no podía identificar la edad de los fallecidos.

Había una tarjeta que decía: "*De parte de Giacco Magliozzi*"

¿Quién era ese carroña de Giacco? Si es que fuera su verdadero nombre, ¿habría sido la venganza esperada o no venía al caso? ¿Era ese hombre el verdadero culpable o era todo una trampa? O quizás era para desviar la atención? De nuevo, muchas preguntas rondaban su cabeza. Lo malo es que tenía que decirle a Alice que había dos cadáveres en la habitación de sus padres. Salió de la casa, guardó el arma en el bolsillo. Mientras, tomó un cigarrillo y lo encendió con un fósforo de una caja que estaba en la habitación de los muertos y lo tiró al suelo... pero... ("¿¿Qué hago?!")

Se dio vuelta, corrió hacia el cartón, lo miró. Una tremenda explosión lo hizo volar unos cuantos metros y dio contra una farola que tenía que encontrarse justo en su camino, ("¿maldita mierda!"), miró hacia el coche, ardía en llamas.

Gloria no estaba. Mientras, reventaba una bola de fuego en el cuarto de los viejos y a lo lejos divisó un tipo que huía; fue a sacar la pistola y, con gran disgusto, comprobó que la había perdido. Consiguió andar unos metros, tambaleándose, para entrar en un bar, al lado, y hacer una llamada; todos lo miraron asustados; después de la llamada salió a la acera y cayó al suelo. Los bomberos no aparecían y los policías tampoco.

## VI

Despertó en un sofá rodeado de unos tipos a los que jamás había visto y les preguntó por Alice, pero no consiguió respuesta. No tenía idea del tiempo que había transcurrido. Se tocó la cara... La barba denotaba que habían pasado muchos días.

De repente se abrió la puerta y entró uno, alto, como de cincuenta años, con buena forma física para su edad pero algo flaco y con un bigotito pequeño debajo de su nariz aguileña. Habló con uno de ellos y le pareció que ese tipo era napolitano por el acento. Sería otro ser despreciable proveniente de la Camorra, pero ¿qué hacía ahí? Llevaba un bastón con él.

Oyó que lo llamaban “Magliozzi”, “Giacco Magliozzi”...

- Hombre, te has despertado. Mira, siento lo de la muchachita... Has de saber que la bomba iba dirigida a ti y a nadie más, pero te distrajiste y... ¡Boom! ¿No es divertido, que una cosa tan pequeña como una bomba, con mecanismo de relojería, reviente y destruya algo que es cien veces más pesado?

- Carroña, los viejos no venían a cuento... ¿por qué...? – pegó un grito ¡Ahhh...!

Un severo golpe de uno de los compinches lo relajó, mientras lo apuntaban con una pistola y le recomendaban que se calmase.

- Todo venía a cuento, amigo; esos viejos eran una molestia y además teníamos un asunto pendiente.

- ¡Qué dices! Estás loco... ¡ughhh!

Otra caricia del matón que lo apuntaba.

- No, ya lo verás –el tal Giacco se sentó dispuesto a explicar el asunto –. En primer lugar, a mí me han pagado por eliminarte y hacer creer que tú asesinaste a estos irlandeses por celos. En segundo lugar, ese viejo es el responsable de la muerte de mi hijo... ¡A quién le importa un viejo a menos que haya tenido un pasado turbio! Ese anciano, padre de la muchacha, antes era un jodido asesino

barato que mataba a personas poco importantes. Yo tenía todo, tenía un hijo... y... ¡ese irlandés de mierda lo mató! Y todo por una pequeña violación. Lo bueno es que he matado dos pájaros de un tiro.

- Bueno, ¿y para qué me quieren muerto? – preguntó confundido Aldo.

- Porque tienes que pagar por lo que hiciste, muchacho. Asesinaste a estos viejos, pensaste que la muchachita te era infiel. Escapaste después de hacer estallar la casa.

- ¿Qué está diciendo...?

- ¡Déjame continuar! – después de una mirada furiosa continuó - Después te arrepentiste de tus actos tan viles y te suicidaste. Fin de la historia. Por supuesto los O'Conaill querrán vengar la afrenta y se las arreglarán con los Lombardi.

Magillozzi sonreía, lo que molestó aún más a Aldo.

- Ahora comprendo todo, viejo de mierda. Todo esto para enfrentar a los O'Conaill con los Lombardi. Pero no te vas a salir con la tuya por –... Aldo no alcanzó a terminar.

Un golpe más fuerte que los anteriores llenó de sangre su boca. Sólo alcanzó a escuchar entre el sopor la voz de Magliozzi que ordenaba:

- ¡Llévenlo al sótano y elimínenlo mañana! ¡Que uno lo vigile y los demás tómense un descanso!

Y se alejó con una risa digna del más loco del manicomio. (“¡Maldito viejo loco!” pensó Aldo cuando despertó.) Lo habían encerrado en un sótano. Ahí no había más que ratas y humedad. ¡Putá vida!

Ya había amanecido. Mientras Aldo pasaba uno de sus peores momentos, Don Giuseppe hablaba con Giovanni, en su despacho de la mansión Lombardi:

- ¿No sabes si dijo que iba a alguna parte?

- No, papá, no había comentado nada a nadie. La última vez que conversé con él fue hace varias noches, cuando fue a comentarme algo a la terraza.

El padre miró extrañado a su hijo, pensando qué podría haberle ido a decir Aldo.

**Pero la desaparición de su hijo era lo que más le importaba en ese momento.**

**- Giovanni, ¿tienes alguna idea de dónde puede haber ido?**

**- No sé. Ahora que recuerdo, mientras hablábamos, se le notaba que, en el fondo, estaba contento por una decisión que pensaba tomar. Tal vez era porque se iba a ver con su noviecita y ¡quién sabe! tal vez haya ido a pedirle matrimonio.**

**- ¿Crees que podría estar en la casa de ella ahora?**

**- Habría que ir a ver, por lo menos preguntarles a los padres de esa irlandesita si saben dónde se ha metido.**

**- Bueno, quiero que vayas a ver si encuentras algún dato sobre su paradero.**

**Ve con dos muchachos.**

**- De acuerdo, papá.**

**Giovanni ya se estaba marchando cuando Don Giuseppe lo detuvo, tomándolo del brazo:**

**- Quiero que tú y los muchachos vayan bien armados, esto podría ser peligroso.**

**- ¿Piensas que los Montivani tienen algo que ver?**

**- No sólo los Montivani; los O'Conaill también podrían haber ido a buscar a Aldo por estar con la hermana de uno de ellos... Bueno, ve, apúrate.**

**Giovanni dejó solo a su padre, que reflexionaba tratando de ver qué demonios había en contra de su familia. Un viejo recuerdo, algo que creía sepultado en su memoria, se le vino a la cabeza... ¿Tendría que ver en esto aquel momento de su infancia...?**

## VII

En un blando sillón, frente a una chimenea, un hombre degustaba su primera batalla victoriosa y se frotaba las manos con no disimulado gusto. A su lado, otro le daba las buenas nuevas con una sonrisa que hubiera asustado al mismo diablo.

- Todo ha marchado perfectamente, señor, ahora falta que el viejo Lombardi sepa lo de Giovanni.

- ¡Jajaja! Y así te vas quedando solo, Giussepe, para ver cómo tu familia se va a la mierda... ¡¡Buen trabajo, Fanesi!! – gritó, riendo.

- Gracias, señor Montivani, sólo hago lo que se me ordena.

- Hice bien en nombrarte Caporegime y ahora serás el Consigliere de la Familia. Al principio me enfadé contigo porque no me pediste autorización para lo de Nascarella, pero al final, todo salió perfecto y el culpable es Giovanni... un brindis por ello.

Don Montivani estaba hinchado de ego, había visto los intentos de los Lombardi por recuperar el poder perdido y eso era algo que no podía dejar pasar. Con una macabra genialidad, había maquinado el plan más importante de su vida: destruir a los Lombardi sutilmente, asociándose con todo aquel que sirviera a sus propósitos.

Paul Fanesi, su hombre de confianza, suficientemente astuto como para aportar la mitad de las ideas de ese plan, fue ascendido a Consigliere y ahora disfrutaba la victoria junto a su jefe.

- Entonces, señor Montivani, Aldo está fuera, pues Magliozzi se está haciendo cargo de él y hará que los Irlandeses se las arreglen con los Lombardi.

- ¿Tú crees que resultará?

- Por supuesto. Los irlandeses asesinados eran padres de Bertie Brennan, uno de los perros de los O'Conaill.

- Faltaría Giovanni...

- Giovanni estará fuera de servicio cuando su padre se entere de lo de Nascarella.

- Cierto, fue buena idea pagarles a los hombres encargados de "asustar" a Nascarella para que se pasen un poco... ¡Brindo por ello también! – dijo el Don alzando su copa.

- Faltaría entonces Tarantella – añadió el Consigliere.

- Paciencia, Fanesi, de alguna forma haré que Tarantella acuse a Giovanni ante Lombardi.

Don Montivani dirigió una mirada a Fanesi y este comprendió de inmediato.

- El mismo Giovanni liquidará a Tarantella cuando se entere de que él lo vendió y nos encargaremos de que lo sepa. Eso es genial, señor Montivani... ¿Ahora mismo?

- Sí, para eso tenemos a nuestros ases... gran parte de nuestro éxito se debe a ellos y cuanto antes mejor.

El consigliere vivía en una gran casa con su mujer. No era él el que se encargaba de mantenerla limpia y decorarla debidamente, esa era la labor de su mujer. Sus hijos tenían veinte y diecinueve años y también tenía una hija jovencita; el mayor vivía en un apartamento del mismo barrio con una chica, mientras que el otro trabajaba de camarero en una pizzeria de prestigio y su patrón le dejaba dormir en un sótano que había en el local. No visitaban mucho a sus padres, pero tal vez fuera mejor así. La razón por la que se marcharon tan jóvenes fue por que las discusiones entre ellos y Albert se habían vuelto diarias. Los padres vivían ahora mucho más relajados, y eso era algo que Tarantella necesitaba, ya tenía más que suficiente estrés con su trabajo.

La hija vivía con ellos.

Un par de horas más tarde, Al Tarantella recibía una llamada telefónica. Era Silvio Palmice.

- ¿Silvio...?

- Hola, te llamo porque estuvimos discutiendo con Bruno ese asunto de Giovanni y pensamos que lo mejor es que le digas a Don Lombardi la verdad cuanto antes.

- ¿Y si Giovanni se entera?

- Puedes decirle a Don Lombardi que no le cuente a nadie lo que tú le has dicho.

- El Don es un hombre de palabra y nadie más se enterará... – reflexionó Al.

- Bueno, debo colgar ¡Adiós!

- Hasta pronto, Silvio.

Al Tarantella, siempre seguro de sí mismo, por primera vez dudaba de lo que debía hacer. Comenzaba a hacer frío y fue a prepararse un café. Lo trajo y distraídamente empezó a ponerle azúcar. Tan en otro lugar estaban sus pensamientos que no se dio cuenta de que había puesto una barbaridad. Después de revolver un rato, lo probó y su gesto de asco fue acompañado de un manotazo que dio en la mesa.

- ¡Mierda! Aquí hay algo extraño. La voz de Silvio parecía rara... ¿Este hijo de una gran puta no estará jugando a dos frentes?

Su mente no paraba de dar vueltas. (*“¿Por qué no me llamó Bruno? Era más lógico... ¿Por qué hay que decirle al viejo, así, de pronto, que su hijo es un traidor...? ¿No será una trampa de Palmice?”*)

Decidió ver cómo anaban las cosas antes de hablar. A pesar de que estaba pasando un muy mal momento, se fue para la casa del Don. Este no tenía secretos para él (eso es lo que él creía) y se daría cuenta, al toque, de si Lombardi sabía o sospechaba algo.

Entró y en seguida percibió que todo estaba alterado. El viejo hizo apenas una señal, la menos parecida a un saludo que le conocía. Estaba con un vaso de whisky en la mano, sentado en un sillón y con la mirada perdida.

- Hola, Don Giuseppe.

- ¿Eh...? Ah, sí...

- ¿Pasa algo?

- ¡No esperaba que fueras a venir...! Intenté comunicarme contigo pero no te encontré. Aunque sé que estás pasando un momento difícil.

- No se preocupe. Pero, no sé por qué, presentí que usted me necesitaba... Lo otro... lo otro ya no tiene remedio.

Hicieron una pausa. El Don lo miraba fijamente. Al le sostuvo la mirada (sabía lo que significaban aquellos gestos inquisidores...)

- ¿Sabes algo?

- ¿Algo? ¿Algo de qué...?

- Uno de mis hijos...

- Ah, sí... ¡Ya!

Se produjo un silencio. El Don levantó la cabeza.

- No sabemos nada de Aldo y he mandado a Giovanni con unos muchachos a que vayan a buscarlo.

- ¿Qué...? – Al Tarantella casi se quema con el fósforo que había prendido para su cigarrillo. – ¿Dice que Aldo... desapareció?

- Así parece... Pero, ¿qué sucede, Al? Me pareció que asentías cuando empecé a hablarte de mis hijos.

- No... no. Es que... ni sé qué fue lo que dije.

A Don Giuseppe Lombardi se le alteró el gesto. Levantó la mirada, la clavó duramente en Tarantella y, con voz seca, le dijo:

- ¿Viniste a decirme algo...

- ¿Yo...? No... yo...

- Creo que hace mucho que nos conocemos... ¡Dime a qué viniste! – dijo el Don enérgicamente.

La escena se quebró en el momento preciso en que la puerta se abrió de golpe y entró Giovanni, con un gesto feroz.

- Papá, ha pasado algo grave...

- ¡¿Qué...?!

- ¡Asesinaron a los padres de Alice Brenan! Me vine para aquí lo más rápido que pude para informarte y dejé a los muchachos investigando.

**- ¿Quién es Alice Brennan? ¿De qué hablas?**

**- La irlandesa, la novia de Aldo.**

**Mientras hablaba, el Don lo miró con desconfianza.**

**- ¿Por qué te separaste de ellos?**

**- Para venir a advertirte de una novedad... Alguien vio a Aldo por allí...**

**dicen que unos tipos lo metieron en un auto y...**

**- ¿Qué estás diciendo? – y se dirigió a Al – ¿De esto venías a hablar?**

**- No entiendo – dijo Giovanni.**

**- ¡Eso no importa ahora! Don Giuseppe, ¡de inmediato hay que poner todas nuestras fuerzas para encontrar a Aldo...!**

**De haber sido otra la circunstancia, al Don no se le hubieran pasado por alto las miradas que se cruzaron los dos hombres que estaban a su lado.**

**Pero Aldo estaba en peligro y todo lo demás no importaba (al menos por ahora.)**

**Ayudado por su hijo, se puso un abrigo para salir.**

## VIII

En aquel sótano inmundo, Aldo empezó a notar sus huesos entumecidos. La cabeza le daba vueltas: una persistente jaqueca empezó a atormentarlo. Le dolía todo. En medio del silencio mortal que lo rodeaba, se dio cuenta de que aquello podía ser el final... Alguien muy poderoso había dirigido todo esto. ¿Quién era? ¿Quién estaba detrás de esa venganza? Un fuerte acceso de tos lo desesperó, más aún cuando empezó a ahogarse y a escupir sangre. Recordaba que hacía unos días le había sucedido algo igual. No le había dado importancia. También recordó que no se lo había comentado a nadie... (*“¿...Y Alice? ¿Dónde está Alice? ¿Cuántos días hace que estoy aquí?”*)

Con la respiración entrecortada, trataba de buscar la forma de escapar. Ya se había liberado de las cuerdas que lo ataban pues en eso era un “experto”. Esto le trajo recuerdos de su niñez: jugaba con su hermano y era desagradable cuando este lo abandonaba atado bajo la cama; se marchaba dejándolo como mosca en una telaraña. En aquellos momentos lo detestaba pero ahora ese juego un tanto cruel se había convertido, prácticamente, en su salvación... salvación a medias puesto que aún no salía de esa ratonera. La puerta estaba seguramente cerrada con llave y en caso contrario custodiada, lo que significaba que intentar salir por ahí sería algo estúpido. Volvió a toser más fuerte aún... (*“Dicen que tengo los ojos de mi madre pero parece que también heredaré sus pulmones”*, se decía el joven, recordando la afección pulmonar que había llevado a la muerte a su madre, unos ocho años atrás.) Con la garganta irritada y la cabeza a punto de estallar, estaba por rendirse, cuando escuchó un barullo en la parte superior de la casa. Unos gritos, unos disparos y unas maldiciones... (*“¿Será que han venido a rescatarme?”*)

Pero eso estaba descartado pues las voces no tenían el típico acento italiano:

- ¡No hay nadie, se fueron los hijos de puta! Pero no importa; alcancé a matar a uno mientras escapaba. Era un maldito italiano – dijo una de las voces.

- ¿Crees que eso es suficiente, Ethan? – dijo otro bastante alterado.

**- No lo es, pero dejemos que el señor O' Conaill se encargue del resto.**

**- ¡Malditos sean todos los italianos! Ellos están tras la muerte de mi familia y mi hermana estaba inconsciente cuando la rescaté. Por suerte están atendiéndola y pronto estará mejor.**

**- Podrás vengarte, Bertie, pero a su debido momento. ¡Ten paciencia! Espera la respuesta del señor O'Conaill y no seas tan impulsivo – dijo una tercera voz más serena que las anteriores.**

**- Revisemos el lugar a ver si queda algún perro por reventar.**

**- No creo, llegamos de sorpresa y estos son los únicos que han visto entrar y salir de aquí.**

**Aldo escuchó cómo los desconocidos se marchaban y cerraban la puerta. Uno de los individuos era Bertie, el hermano de Alice y, por lo que había dicho, ella no había muerto. Eso lo alivió y también el hecho de que ahora le sería más fácil escapar. Sentía un enorme deseo de salir de aquel lugar, pero no sabía cómo hacerlo. Quería ver a Alice.**

**Estuvo pensando un rato: aunque no estuviese nadie vigilando eso no le ayudaba demasiado a salir de ahí. Mirando y rebuscando en todas los rincones, no encontró nada y se estaba desesperando, hasta que al final llegó a una drástica decisión: golpeó con todas sus fuerzas la puerta; esta apenas se movió; volvió a golpear y no sólo se cayó sino que sintió un gran dolor; tirado en el suelo, desesperado, vio algo: una sombra y también vio a un hombre, vestido de negro con corbata gris; manaba sangre del pecho tumbado contra la pared mirando hacia él: tenía tres heridas de bala.**

**Por una vez, Dios lo ayudó. En la mano tenía un mechero y en la boca un cigarrillo sin encender. Rápidamente tomó el encendedor, pasando la mano por debajo de la puerta; empezó a quemar un trozo de su camiseta, mientras con la otra se tapaba la boca; para su afectado pulmón no era nada bueno pero era la única salida; hizo una pequeña fogata e intentó quemar la puerta. Cuando todo estaba medio lleno de humo, la puerta empezó a resquebrajarse, corrió y la rompió de una patada. Al salir, registró el cadáver, tomó la pistola y la cartera.**

Huyó del lugar sin ser visto. Comenzó a toser y a escupir sangre, aunque poca. Siguió corriendo y se adentró en el bosque, con pistola en mano, medio quemado y con la cara destrozada. Si alguien lo hubiese visto ahora, se hubiese asustado pues se sentía muy mal. Al final del bosque encontró un camino por el que venía una camioneta. Detuvo el vehículo, poniéndose delante:

- Oiga, señor, ¿le importaría llevarme al pueblo más cercano?

- Lo siento, vuelvo de ahí.

- Vaya, hombre, no me joda, le doy todo el dinero que tengo – dijo, abriendo la cartera.

- ¡No me jodas tú, italiano de mierda! No quiero saber nada de ustedes.

- ¿Cómo? Maldito irlandés, sal de esa porquería de auto, si no quieres que te vuele los sesos de una puta vez – gritó.

Sacó la pistola, dejando ver un instinto salvaje al que nunca había tenido que recurrir. Cuando vio la pistola, el viejo salió de la camioneta. Por un momento, Aldo pensó: *“Si creen que me han liquidado... más ventaja logro yo, seré más libre”*.

Miró al viejo y sin compasión le disparó seis tiros; el pobre irlandés cayó como saco de patatas. Aldo arrancó la camioneta y se puso en marcha; al pasar por un puente, lanzó la pistola al río, con el cargador vacío. Estaba aprendiendo a sobrevivir en ese mundo en el que se había criado pero en el que nunca había llegado a entrar de verdad.

## IX

En aquel sótano inmundo, Aldo empezó a notar sus huesos entumecidos. La cabeza le daba vueltas: una persistente jaqueca empezó a atormentarlo. Le dolía todo. En medio del silencio mortal que lo rodeaba, se dio cuenta de que aquello podía ser el final... Alguien muy poderoso había dirigido todo esto. ¿Quién era? ¿Quién estaba detrás de esa venganza? Un fuerte acceso de tos lo desesperó más aún, cuando empezó a ahogarse y a escupir sangre. Recordaba que hacía unos días le había sucedido algo igual. No le había dado importancia. También recordó que no se lo había comentado a nadie... (*“¿...Y Alice? ¿Dónde está Alice? ¿Cuántos días hace que estoy aquí?”*)

Con la respiración entrecortada, trataba de buscar la forma de escapar. Ya se había liberado de las cuerdas que lo ataban pues en eso era un “experto”. Esto le trajo recuerdos de su niñez cuando jugaba con su hermano mayor y lo desagradable que era cuando este lo abandonaba atado bajo la cama; se marchaba dejándolo como mosca en una telaraña. En aquellos momentos detestaba a su hermano pero ahora ese juego un tanto cruel se había convertido, prácticamente, en su salvación... salvación a medias puesto que aún no salía de esa ratonera. La puerta estaba seguramente cerrada con llave y en caso contrario custodiada, lo que significaba que intentar salir por ahí sería algo estúpido. Volvió a toser más fuerte aún... (*“Dicen que tengo los ojos de mi madre pero parece que también heredaré sus pulmones”*, se decía el joven recordando la afección pulmonar que había llevado a la muerte a su madre, unos ocho años atrás.) Con la garganta irritada y la cabeza a punto de estallar, estaba a punto de rendirse cuando escuchó un barullo en la parte superior de la casa. Unos gritos, unos disparos y unas maldiciones (*“¿Será que han venido a rescatarme?”*) Pero eso estaba descartado pues las voces no tenían el típico acento italiano:

- ¡No hay nadie, se fueron los hijos de puta! pero no importa; alcancé a matar a uno mientras escapaba. Era un maldito italiano – dijo una de las voces.

- ¿Crees que eso es suficiente, Ethan? – dijo otro bastante alterado.

- No lo es, pero dejemos que el Sr. O' Conaill se encargue del resto.

- ¡Malditos sean todos los italianos! Ellos están tras la muerte de mi familia y mi hermana estaba inconsciente cuando la rescaté. Por suerte están atendiéndola y pronto estará mejor.

- Podrás vengarte, Bertie, pero a su debido momento. ¡Ten paciencia! Espera la respuesta del Sr O'Conaill y no seas tan impulsivo – dijo una tercera voz más serena que las anteriores.

- Revisemos el lugar a ver si queda algún perro por reventar.

- No creo, llegamos de sorpresa y estos son los únicos que han visto entrar y salir de aquí.

Aldo escuchó cómo los desconocidos se marchaban y cerraban la puerta. Uno de los individuos era Bertie, el hermano de Alice y, por lo que había dicho, ella no había muerto. Eso lo alivió y también el hecho de que ahora le sería más fácil escapar.

Sentía un enorme deseo de salir de aquel lugar, pero no sabía cómo hacerlo. Quería ver a Alice. Estuvo pensando un rato: aunque no estuviese nadie vigilando eso no le ayudaba demasiado a salir de ahí. Miraba y rebuscaba en todas los rincones; no encontró nada y se estaba desesperando, hasta que al final llegó a una drástica decisión: golpeó con todas sus fuerzas la puerta; esta apenas se movió; volvió a golpear y no sólo se cayó sino que sintió un gran dolor; tirado en el suelo, desesperado, vio algo: una sombra y también vio a un hombre, vestido de negro con corbata gris; manaba sangre del pecho tumbado contra la pared, mirando hacia él: tenía tres heridas de bala. Por una vez, Dios lo ayudó. En la mano tenía un mechero y en la boca un cigarrillo sin encender. Rápidamente tomó el encendedor, pasando la mano por debajo de la puerta; empezó a quemar un trozo de su camiseta, mientras con la otra se tapaba la boca; para su afectado pulmón no era nada bueno pero era la única salida; hizo una pequeña fogata e intentó quemar la puerta. Cuando todo estaba medio lleno de humo, la puerta empezó a resquebrajarse, corrió y la rompió de una patada. Al salir, registró el cadáver,

tomó la pistola y la cartera. Huyó del lugar sin ser visto. Comenzó a toser y a escupir sangre, aunque poca. Siguió corriendo y se adentró en el bosque, con pistola en mano, medio quemado y con la cara destrozada. Si alguien lo hubiese visto ahora, se hubiese asustado pues se sentía muy mal.

Al final del bosque encontró un camino por el que venía una camioneta. Detuvo el vehículo, poniéndose delante:

- Oiga, señor, ¿le importaría llevarme al pueblo más cercano?

- Lo siento, vuelvo de ahí.

- Vaya, hombre, no me joda, le doy todo el dinero que tengo – dijo, abriendo la cartera.

- ¡No me jodas tú, italiano de mierda! No quiero saber nada de ustedes.

- ¿Cómo? Maldito irlandés, sal de esa porquería de auto, si no quieres que te vuele los sesos de una puta vez – gritó.

Sacó la pistola, dejando ver un instinto salvaje al que nunca había tenido que recurrir. Cuando vio la pistola, el viejo salió de la camioneta. Por un momento, Aldo pensó: *“Si creen que me han liquidado... más ventaja logro yo, seré más libre”*. Miró al viejo y sin compasión le disparó seis tiros a bocajarro al pobre irlandés que cayó como saco de patatas.

Aldo arrancó la camioneta y se puso en marcha; al pasar por un puente, lanzó la pistola al río, con el cargador vacío. Estaba aprendiendo a sobrevivir en ese mundo en el que se había criado pero en el que nunca había llegado a entrar de verdad.

## X

Tarantella fumaba un *“Di Nobili”* con un pesar dibujado en la frente. Su preocupación lo estaba llevando a una guerra psicológica que lo atormentaba. Había dejado sus ocupaciones. Todo lo que le pudiera molestar había desaparecido. Su puesto en la Familia estaba en juego. Algunas veces, la idea de ponerse una pistola en la sien rondaba por su cabeza. ¿Para qué seguir viviendo si todo en lo que había creído y por lo que había luchado se desmoronaba? Pero entonces pensaba: *“Si he de morir lo haré a lo grande”*. El plan era provocar al enemigo para que lo atacaran. Probabilidades de muerte, altas. No obstante, moriría sabiendo que su Familia lo respetaría como antaño.

A su mujer no le faltaría nada, por supuesto. Cada día que pasaba se sentía más viejo. Le temblaban las manos y ni siquiera podía hacer ya el amor con su mujer. Se le humedecían los ojos frecuentemente. Sabía que estaba perdiendo facultades, pero su experiencia también era una ventaja: pocos habían vivido tantos años como él. De repente, se levantó de su sillón y le dijo a su esposa:

- Cariño, vete a dar una vuelta, tengo que atender unos asuntos.

Ella lo miró y al ver sus ojos lo comprendió todo.

- ¡Buena suerte! – le contestó.

- Cuidá a los chicos...!

Cuando oyó que la puerta se cerraba, descolgó el teléfono y pidió a la operadora el número que sólo él conocía...

- Necesito hablar con el señor... Ahora.

No se sabe si fue por el tono de voz pero la llamada fue contestada enseguida.

- ¿Sí?

- Soy Al Tarantella y le voy a decir algo que no deberá olvidar: puede que no en un año ni en diez pero tenga por seguro que le meteré un cargador entero en su cuerpo. Si me quiere ya sabe dónde estoy. Y le advierto: necesitará un ejército para acabar conmigo.

Dicho esto, colgó como si al hacerlo estuviera firmando su sentencia de muerte. Abrió el armario y tomó una “*Dillinger*” trucada con una especie de lanzagranadas. Se armó de munición e hizo otra llamada.

- Jack, escucha, reúne a los muchachos y vengan a mi casa. Hasta los dientes. ¿Comprendes?

Colgó y se sentó en el sillón. La hora de la gloria o de la muerte estaba cerca. Había ido demasiado lejos. En su afán de poder, había jugado con fuego y era demasiado inteligente como para no darse cuenta de que estaba metido hasta el cuello.

(Recordaba aquel encuentro que lo había llevado a conocer a Don Montivani: una fiesta de esas en que todos los mafiosos se reúnen, ya sea porque han sido “cordialmente” invitados o porque el motivo de la misma hace que tengan la seguridad de que van a ser “bien recibidos”. Las grandes Familias eligen esos momentos para verse las caras y tratar de adivinar si está por suceder algo. Alguien le había presentado a Montivani... ¡un gran Don – el otro Don – del que se sabía que guardaba un gran secreto en su vida...! Pero quién se animaría a investigarlo o a traicionarlo en caso de poder descubrirlo! Tarantella intuía que don Giuseppe Lombardi no le quitaba los ojos de encima, aunque lo disimulaba bastante bien. Conversaba con todos, iba y venía, comprobaba que todo el mundo estuviera bien servido, se estrechaba en un abrazo con alguien... pero jamás dirigía su mirada hacia el gran Montivani. Al menos, hasta que él se las arregló para ser presentado y disponerse a charlar. Ambos sabían qué puntos calzaba el otro pero no estaban muy seguros de cuál sería el primer paso a dar. Lo que nunca olvidó Al fue aquella frase que Don Montivani dijo, como al pasar, en medio de una conversación en apariencia intrascendente.

- Me gustaría tenerlo de mi lado, Tarantella. Usted es un hombre de garra.

- Gracias... pero ¿quién estuvo hablándole de mí?

- Es lo de menos. Pocos saben todo aquello a lo que estoy dispuesto para ser el más grande, tal vez el único.

- ¿Y yo puedo saberlo? – dijo Al acercándose más.

Montivani no había dejado de fijarse en las miradas de Giuseppe, en la actitud de Tarantella y en las disimuladas advertencias que le dirigía su Consigliere, Fanesi.

- ¿Por qué no...? Le diga a usted lo que le diga, hable usted con quien hable... y ya sabemos con quién va a hablar... esto no es un secreto ni siquiera para su Padrino – agregó, enfáticamente –. Estoy dispuesto a asociarme con todo aquel que sirva a mis propósitos.

Tarantella acusó la estocada pero se guardó muy bien de dejar traslucir nada en su cara. La mirada de Don Lombardi, escrutadora, hubiera descubierto el fondo de aquella conversación. Dos días después de aquella charla, Tarantella recibió una invitación, por supuesto, al mejor estilo mafioso. Una nota tirada bajo su puerta: *“Lo pasamos a buscar a las 7. El Jefe quiere hablar con usted”*.

A las siete en punto, un auto estacionó frente a su casa. Tarantella salió: no había querido hacerlo antes para evitar que alguien le tendiera una trampa. Llegó a un lugar que desconocía. Una simple casa, todo el frente de piedra, ventanas enrejadas y puertas de gran tamaño. Sólo al trasponerla, cuando nada de su interior quedaba a la vista de la calle, vio la imponente mansión que estaba al fondo del jardín. Caminó tranquilo porque ya había sido palpado de armas por Fanesi, que estaba en la parte de atrás del auto.

Don Montivani lo esperaba:

- Bueno, Tarantella, creo que usted y yo tenemos mucho que hablar. Si se arriesgó a venir, no me cabe duda de que se ha dado cuenta de que voy a hacerle una gran propuesta.

Hizo un pausa y agregó:

- Pase. Tenemos que conversar... *“¿Qué vas a hacer, Al? – sintió una voz que le gritaba adentro... Haber venido es ya una traición...”*

Pero decidió no hacerle caso.

- Bien, usted dirá – dijo Tarantella.

El Don sacó un maletín y lo abrió...

**Una gran cantidad de billetes quedó a la vista de Tarantella.**

**- Cien mil dólares, para empezar, si te largas de la otra Familia y vienes con nosotros – dijo bruscamente el Don.**

**- Mire, perdone mi rudeza pero mi contestación es esta. He aceptado venir pero no es el dinero lo que me interesa...**

**Al dirigirse a la salida el Don lo retuvo por el brazo. Tarantella creía que una soga se iba a posar en su cuello pero el Don le apretó fuertemente las dos manos. Y volvió a su asiento...)**

**Hacia ya bastantes años de eso. (“¿Cómo había podido mantener aquella doble vida sin que Don Lombardi se hubiese dado cuenta...?”) Ahora, la situación era diferente. Volvió a llamar.**

**- ¿Jack? Sí, oye, se mantiene la orden que te di. Trae a los muchachos ya.**

**Volvió a su despacho, agarró su “Dillinger” trucada y se llenó los bolsillos de munición. A los pocos minutos entraron Jack y unos cuantos hombres más con “Thompsons” bajo la gabardina. Cenaron tranquilamente y en un momento se escuchó el motor de media docena de coches en la calle. Salió al balcón y gritó con una potencia inusual:**

**- ¡Imbéciles...! ¿Creen que pueden conmigo? ¡Nadie me ha retado y ha salido impune!**

**Dicho esto lanzó una descarga, junto a sus matones, a los coches que se acercaban al lugar.**

**- ¡Vengan y saboreen mi plomo! – y después de un disparo lanzado hizo saltar por los aires uno de los coches con los hombres que había dentro. Envió otra ráfaga de balas que dio directamente en el pecho de un enemigo formando un gran charco de sangre... La batalla campal siguió hasta que los enemigos, mucho más numerosos, consiguieron penetrar por la puerta de atrás y eliminaron así a casi todos los defensores por la espalda.**

**Albert cada vez estaba más furioso y enloquecido. Desde adentro de su cuarto, oyó los gritos de los atacantes y los defensores, sus gritos y lamentos**

agónicos provocados por las balas que indirectamente les había disparado. Tras la última explosión, todo quedó calmo y tranquilo; parecía como si todo lo que antes había ocurrido, hubiese acabado; silencio tan sólo y nada más. Albert Tarantella seguía de pie, frente a los cadáveres de los matones de la familia Montivani.

Comenzó a inquietarse: nunca antes había podido atisbar este grado de silencio, nunca antes había estado todo tan callado. Una idea pasó por su cabeza en ese momento... *“¿Cómo se había calmado tan pronto la situación?”*

Tarantella era un hombre inteligente. Algo raro ocurría. Como acto reflejo, y gracias a su astucia, apuntó el arma hacia la puerta... El resultado fue inesperado. (*“¿Estará todo perdido?”* – pensaba para sí Tarantella.)

Mientras, observaba cómo, por el antes mencionado marco de la puerta, aparecía una sombra, una sombra que le resultaba bastante familiar... Antes de poder darse cuenta de quién era, cayó acribillado por un balazo en el corazón.

Albert Tarantella yacía muerto, mientras Don Montivani, el de la certera puntería, miraba, destruido, a quien en algún momento creyó de su lado. La venganza había sido consumada.

Y le dio un tiro de gracia.

## XI

Aldo estaba cansado, hastiado de todo y sólo quería un rato de paz. Detuvo el coche frente a una pequeña casa. Golpeó la puerta pero, antes de ser atendido, se desmayó. Despertó en un sillón, sintiéndose un poco mejor.

Carlo Calvano se encontraba a su lado leyendo un periódico.

- Vaya, vaya, no te has muerto, después de todo, Aldo – dijo Carlo, lanzando el periódico sobre el adormilado Aldo.

- Pero estuve cerca, ni te imaginas – dijo, con una triste sonrisa y le relató su desafortunada travesía.

- Sí, me imagino, hombre, es cosa de verte pero eres fuerte.

Carlo realmente compadecía al muchacho pero trataba de darle ánimos.

- ¿Cuánto rato estuve inconsciente?

- Sólo un par de horas... pero Verónica curó tus heridas y ahora fue al hospital por más medicamentos. Es una suerte que trabaje allí.

- ¿Quieres decir que alguien más sabe que estoy aquí?

- No te preocupes, es Verónica Nascarella ¿Te acuerdas de ella? Dijo que jugabais juntos cuando niños.

- Sí, la recuerdo, la hija mayor de Jimmy Nascarella.

- Junto con la señora Charlotte, intercedió por mí ante Don Giuseppe para demostrar mi inocencia. Imagínate, yo quería a Jimmy como un padre pero ya descubriré al asesino y cuando lo haga...

- Debo irme - interrumpió Aldo.

Sabía que el culpable era su hermano y prefería no tocar el tema.

- ¿Te llevo a tu casa?

- No, yo no quiero que mi padre me vea así... tan acabado. Pienso recuperarme un poco más antes de volver pero dile de mi parte que no quiero verlos preocupados ni a él ni a mi hermano. De hecho, ahora me voy para otra parte.

- No puedes andar de ese modo por ahí – dijo Carlo, tomando su chaqueta –. Viniste primero a mi casa, ¿no?... No te vas a escapar tan fácilmente.

Aldo aceptó. Después de todo, había sido él quien había acudido a Carlo. En ese momento era la única persona en quien podría confiar y Carlo, sin duda, era uno de los más fieles hombres de Lombardi. Le dio una dirección a Carlo. Se detuvieron frente a una pequeña iglesia. Carlo sonrió y le dio una palmada en la espalda a Aldo.

-¿Te vas a confesar, pecador?

- Algo así – respondió Aldo un poco distraído –. Pero si quieres déjame aquí. Pasaré por tu casa más tarde.

- Está bien pero no te metas en más líos.

- ¿¿En una iglesia?? – dijo Aldo y entró al recinto.

El sacerdote acababa de confesar a una dama y al mirar a su alrededor, sus ojos se quedaron clavados en Aldo, quien le devolvió la mirada y le dijo:

- Buenas tardes, Padre Mateo.

- ¿¿Aldo??

El sacerdote, de unos cuarenta y cuatro años aproximadamente, se aproximó al joven.

- El mismo de siempre, aunque un poco maltrecho – dijo Aldo con una onrisa cansada –. Vine porque necesito hablar con alguien. No como confesión sino de Lombardi a Lombardi.

- Cuéntame qué sucede y ya no me llames Padre Mateo – dijo el sacerdote con un ademán de que lo siguiera.

- Gracias, Padre Mat... quiero decir... Gino.

Aldo se sintió aliviado, tenía que conversar con alguien no involucrado. Necesitaba un consejo pues ya no sabía qué hacer y en ese instante, le vendrían bien las palabras de un sacerdote.

Gino Massolo Lombardi era hijo de la hermana mayor de Don Giussepe, Sofia Lombardi, y de Enrico Massolo, el primer consigliere de la familia Lombardi. Hasta los veintiún años, el joven Gino fue soldado de la familia

Lombardi – y famoso por su excelente puntería – pero al presenciar el cruel asesinato de su padre por parte de una familia rival, él, su madre y el resto de sus hermanos se desvincularon del resto de la Familia. Al morir Don Enrico Massolo, Gino se asqueó de todo el mundo del crimen y se retiró para entrar al seminario y cambiar su vida.

En el pequeño comedor de la casa parroquial, Aldo le había contado a su primo los últimos acontecimientos que ahogaban a la familia Lombardi. El sacerdote no pronunciaba palabra pero de pronto alzó la vista y miró fijamente al joven:

- Giovanni dice que se le fue la mano a los hombres que envió a asustar a Nascarella... pero... eso es imposible, sobre todo si son hombres cuyo trabajo es disparar.

Aldo no dijo nada pero no eran las palabras que esperaba escuchar en ese momento de un religioso.

Gino prosiguió:

- ¿Le preguntaste a tu hermano de dónde sacó esa estúpida idea de "asustar" a Nascarella? ¿Y los hombres que cometieron ese error?

- Pues no, no hemos vuelto a tocar el asunto. Además mi hermano, en un ataque de furia, se cargó a esos tipos. No le quise preguntar nada más. Giovanni es muy temperamental y...

- Podría jurar que esa idea fue sugerida por un tercero. ¿¡Qué esperas!?! ¿Ve a casa y pregúntale a tu hermano detalle por detalle! – interrumpió bruscamente Gino que, al ver la cara de sorpresa de Aldo, se detuvo de pronto y avergonzado, retomó la sumisa postura de un sacerdote de parroquia. Aldo quedó en silencio. Se dio cuenta de la turbación de su primo y no quiso incomodarlo con preguntas. El sacerdote entrelazó sus manos sobre la mesa y, con un tono de voz flojo y distinto al que había usado anteriormente, continuó hablando:

- Respecto de la muchacha irlandesa, olvídala, pues es muy probable que ella haya padecido todas estas desgracias por ti y en vez de protegerla tal vez la estés perjudicando.

**Y agregó:**

**- Bendito sea el amor puro que se tienen pero en estas circunstancias no hay que ser egoísta... piénsalo.**

**- No es tan fácil – Aldo comprendía la situación pero no podía aceptarlo.**

**- Deja de verla por lo menos mientras todo se haya solucionado o abandona el mundo del crimen y vive la vida justa de un ciudadano que no tiene nada que temer ni al Señor ni a los hombres.**

**- Eso es aún más difícil pero lo intentaré – dijo Aldo.**

**Se levantó de la mesa y agregó:**

**- Y gracias por tus consejos, primo... por un momento no tuve la menor duda de que eras un Lombardi.**

**Aldo estrechó la mano de su primo y se marchó con una decisión inquebrantable.**

**Carlo Calvano pasó un momento por el cementerio a ver a su amigo Nascarella. Lo hacía muy a menudo y ya se había convertido casi en una costumbre.**

**Después, se dirigió a la mansión Lombardi e informó que Aldo estaba vivo y a salvo. A Don Giuseppe le volvió el alma al cuerpo. Giovanni sacó una botella de whisky para celebrar a pedido de su padre. Estaban conversando de todo lo que estaba sucediendo y preguntándose qué habría pasado con Tarantella que andaba tan extraño últimamente y además, sin aparecer en las últimas horas.**

**De pronto, la puerta de la sala se abrió de par en par y apareció Aldo jadeando sin saludar a nadie. Todos se pararon de sus asientos, extrañados ante el espantoso aspecto del joven.**

**- ¡Necesito hablar contigo! – dijo Aldo, acercándose a Giovanni.**

**- ¿Se te dañó el cerebro, hermano?**

**Giovanni estaba extrañado de la actitud del siempre callado Aldo.**

**- ¡¡Necesito saber quién te propuso asustar a Nascarella el día en que sin querer acabaste con él!!**

A Aldo le brillaban los ojos. Estaba haciendo parte de lo que le había aconsejado su primo.

Don Giuseppe soltó su copa, Carlo Calvano cerró los puños y Giovanni cayó pesadamente al sillón.

- ¡¡Fuiste tú, imbécil!! – Carlo se había abalanzado sobre Giovanni en una explosión de furia pero Aldo lo detuvo.

- ¡¡Detente, primero escucha la versión de mi hermano y después salta, grita y haz lo que quieras!!

Aldo se había puesto tan serio que Carlo se detuvo. Giovanni aún se encontraba hundido en el mullido sillón y sin alzar la vista, musitó en voz baja

- Fue Silvio Palmice. Él me dijo que yo era el hombre indicado para su hija y si asustaba a Nascarella, Bruno se sentiría desprotegido y yo podría acabar más fácilmente con él. Don Giuseppe se levantó y comenzó a pasearse por la sala. El ambiente estaba tan tenso, que el más mínimo ruido habría sido capaz de quebrar los vidrios de los grandes ventanales.

- Quiero que comprendan a mi hermano, él es víctima de una trampa – dijo Aldo suavizando la voz.

- Resulta que ahora estoy más confundido. Juré descubrir al asesino de Jimmy. Se lo juré a Verónica y a su madre. Ahora sé quien es el responsable y yo, sin hacer nada – dijo Carlo, aferrándose a su copa y tomándose todo de un sorbo.

De pronto, Don Giuseppe, puso la mano sobre su hijo mayor:

- Giovanni, vamos a mi despacho y hablemos esto con calma.

Entró Angelo, y con voz descompuesta por la emoción y el terror, le dijo al Don:

- Señor, encontraron a Al Tarantella, asesinado.

Don Giovanni sintió que el mundo se le venía encima. Estos hilos tenían que estar siendo movidos por una terrible mano vengadora... (*“¿Pero quién...?”*)

Se fue con Giovanni y Aldo suspiró cansado. Miró a Carlo y este le devolvió la mirada diciendo:

- Tengo que hablar seriamente con Silvio y con el que resulte responsable.

**Y agregó:**

**- Y ahora, esto. Tarantella asesinado...**

**Aldo había sobrevivido y ahora era nada menos él el que acusaba a Giovanni que, como un cordero, se abandonaba en las manos de Don Giuseppe. Además, Alice también había sobrevivido y probablemente confesado todo a Bertie.**

**Los planes de Montivani no estaban resultando como lo había dispuesto.**

**Lombardi había quedado muy mal después de la revelación de su hijo. Algo empezaba a resquebrajarse en la familia: su propio hijo tramaba una muerte a sus espaldas, llevaba a cabo una acción que él no había ordenado y su otro hijo, hasta ahora “enemigo” de su hermano, lograba que confesara el hecho pero además lo defendía, lo apartaba de las iras de Carlo. Y su hombre de confianza había sido asesinado... ¿Quién podía haber sorprendido a Tarantella?**

**Nadie supo nunca qué hablaron a solas padre e hijo aquella noche.**

**A la mañana siguiente, Giovanni había desaparecido, no había quedado una sola huella de él, no se había despedido de nadie y, por más que revisaron sus papeles y la poca ropa que había dejado y telefonearon a algunos amigos, nadie sabía nada de él. El Don no aceptaba seguir ninguna conversación al respecto.**

**También había dado la orden de que nadie debía asistir al entierro de Al Tarantella. Sólo un envío de flores a nombre de la “Familia Lombardi”. Pasaba los días callado, atendía de muy mala gana pocos asuntos y sólo los que él consideraba necesarios para el buen desarrollo de sus negocios.**

**Aldo no sabía qué hacer: por un lado, entendía los consejos de Gino, pero le resultaba difícil encontrar razones para estar lejos de Gloria. Le había hablado por teléfono, le había mentido respecto de un viaje que tenía que hacer por motivos de negocio, que iba a estar unos días fuera, que... Se daba cuenta de que todo sonaba a falso, de que ella no le creía. Pero se mantenía dentro de su casa para que nadie pudiera verlo.**

**Además se preparaba mentalmente para cuando su padre quisiera hablar con él. Asumía plenamente el hecho de que, luego de lo sucedido entre él y su**

hermano, luego del asesinato de Tarantella y agregado a esto, la desaparición misteriosa de Giovanni, el Don quería saber algo más. Pero este parecía rehuir su presencia y sólo contestaba con monosílabos algunas de sus preguntas, siempre y cuando tuvieran que ver con problemas domésticos. Aldo, por lo tanto, se encargó de romper el hielo una tarde, una de aquellas en que su padre se encontraba a solas en su despacho.

- Hola... perdón si interrumpo algo.

- ¿Y tú qué haces aquí? ¿No deberías estar en la cama? Hace varios días que ya no guardas reposo como corresponde.

- Bueno, ya me siento mejor y la tos ha disminuido.

- ¡Eso es una estupidez! Tu madre decía lo mismo y ya ves en lo que terminó por no cuidarse. Te necesito sano ¿de acuerdo?

Don Giuseppe se encontraba notoriamente contrariado.

- Si es para lo que yo creo, olvídale – dijo Aldo – y más te vale que trates de ubicar a Giovanni, porque no estoy dispuesto a...

- ¡Aquí se hace lo que yo ordeno! – el Don había perdido la cordura y el grito pudo oírse en toda la casa entre otras maldiciones.

Aldo, con ánimo conciliador, tomó a su padre del hombro y le habló con mucha calma, tanta como le fue posible:

- Entiendo que todo esto te moleste pero debes comprender que mi hermano es el único que merece ser tu sucesor. Tiene carácter, se sabe imponer y es muy astuto para los negocios.

- Olvídale...

- El mismísimo Carlo que había jurado vengar a Nascarella se dio cuenta de que el verdadero culpable no es Giovanni y lo más probable es que se trate de ese tal Silvio Palmice o quien sea que dé las órdenes. Mi hermano sólo fue utilizado.

- Si viniste a eso, sólo pierdes tu tiempo y el mío también. Tengo mucho que hacer – dijo el Don abriendo la puerta,

- No seas testarudo y piensa detenidamente el asunto... Si mi madre estuviera viva, tal vez ya habría perdonado a Giovanni y te rogaría que lo trajeras de

vuelta... al igual que yo ahora. Además, hay que averiguar quién mató a Tarantella.

Dicho esto, Aldo se marchó del despacho de su padre quien se acomodó nuevamente en su silla frente al escritorio con la vista baja, apesadumbrado por los recuerdos. Si bien su hijo Aldo había sido una molestia hace unos minutos atrás, en el fondo de su corazón celebraba la lealtad y el cariño con el que defendía a su hermano mayor. Y también le había recordado su deber de Hombre de Honor para con su Consigliere asesinado. Entonces su mente se inundó de recuerdos de tiempos pasados y una especie de remordimiento lo hizo ponerse de pie y llamar a Aldo desde el dintel de la puerta.

- ¡Aldo, regresa!

- ¿Algún problema señor?

Lucio Guzzino, el guardaespaldas del Don, como siempre, ya estaba allí a la primera palabra de su jefe.

- Dile a Aldo que venga, tenemos que hablar.

Aldo llegó intrigado. ¿No estaba todo dicho? Generalmente su padre no retomaba los asuntos cerrados.

- ¿Acaso consideraste lo que dije, papá?

- Mira, una vez cometí un error y no sería correcto cometer otro – Don Giuseppe parecía triste.

- ¿Acaso se puede... saber?

- Siéntate, hijo, es bueno tener a veces a quien contarle sus cosas ¿no?

Aldo se acomodó y comenzó a escuchar lo que su padre le tenía que contar.

*(“... Los abuelos Lombardi habían llegado al país con el pequeño Giuseppe de ocho años junto a sus hermanos mayores. Al principio fue difícil. El idioma, las costumbres y los apuros económicos inevitables; pero las cosas comenzaron a mejorar y su padre consiguió un empleo en una fábrica de muebles. No ganaba mucho pero podía mantener a su familia. No obstante el joven Giuseppe, que ya contaba con trece años de edad, deseaba más de esta vida... mucho más y esa*

*ambición, sumada a sus amigos de dudosa reputación, le dieron algún problema que lo llevó incluso a estar dos días detenido junto a su hermano Guido, tres años mayor. Una tarde se encontraba con sus compañeros de juerga en la esquina del viejo edificio en donde vivían, cuando un niño de unos nueve años golpeó la puerta. Vio entonces que su madre le abrió y lo hizo entrar. Pasó un largo rato y el muchachito no salía. ¿Quién sería? Más tarde se enteró, cuando llegó a casa. El niño recién llegado se encontraba con su madre y su hermana. La mujer se veía molesta y cocinaba en silencio. La joven en cambio trataba de ser amable con el niño y le ofrecía frutas en una bandeja.*

*- ¿Quién es este? – preguntó Giuseppe a su madre.*

*- Pregúntale a tu padre, que él te explique – y continuó cocinando.*

*- Se llama Filippo y llegó hace poco a este país por lo que sólo entiende italiano – dijo la muchacha.*

*- ¿Por qué estás aquí? – preguntó Giuseppe en italiano para que el chico pudiese entenderle.*

*- Mi madre está muy enferma y me dijo que buscara a mi padre aquí para que no quedara solo en caso de que ella... – no terminó la frase porque rompió a llorar.*

*En ese momento llegó Guido, su hermano y también preguntó qué estaba sucediendo.*

*- Que tu padre te diga.*

*A esas alturas había dejado de cocinar y se quitaba el delantal para marcharse a su habitación.*

*- Mejor lee esta carta – le dijo la madre y le pidió al niño la carta que tenía entre sus manos.*

*Guido la leyó y frunció el ceño exclamando:*

*- ¡Un bastardo! Mi padre no perdía el tiempo allá en Italia.*

*- ¡Silencio! - dijo la muchacha -. Sólo nos tiene a nosotros por lo que hay que ser amables y hacerlo sentir bien.*

*- Mi madre está molesta ¿no te importa?*

*- Sí me importa pero ya se acostumbrará – se sentó al lado del chico y le acariciaba la cabeza.*

*De pronto, la señora Lombardi llamó a su hijo Guido a otra habitación. El niño entre tanto les contaba cómo había llegado al país acompañado de un primo de su madre que se limitó a llevarlo hasta el tren pues él tenía otros planes y seguramente el niño le estorbaba.*

*Guido volvió de pronto y, con una sonrisa, le dijo al chico en su idioma natal:*

*- Creo que serás nuestro hermanito después de todo.*

*- ¿Hablaste con mamá? – preguntó ansiosa su hermana.*

*- Así es y como papá está por salir del trabajo, propuso que lo fuéramos a buscar para darle la sorpresa.*

*- ¿Pero y si se lo toma a mal?*

*- No te preocupes, hermanita, si mi madre acepta, está todo bien.*

*- Vamos, entonces – dijo, tomando su abrigo.*

*- Tú no, mi madre dice que es mejor que te quedes con ella para cocinar algo especial.*

*La señora Lombardi salió de su cuarto con otro semblante y una sonrisa.*

*- Así es, hija, usted se queda conmigo para que hagamos algo delicioso.*

*Además servirá para que los chicos le enseñen los alrededores a Filippo.*

*A Giuseppe le resultaba extraño tener un hermano así de pronto pero tal vez no sería tan malo. Comenzó a hablar y bromear con el pequeño durante el trayecto. De pronto se detuvieron en un parque.*

*- Bueno, cambiamos de rumbo ahora – dijo Guido de pronto.*

*- ¿A dónde vamos? ¿De qué se trata? – preguntó Giuseppe.*

*- Antes que nada deja de hablar en italiano. No conviene que este chico escuche lo que te voy a decir.*

*- ¿Qué pasa, Guido?*

*- Mira, papá está por llegar a casa.*

*- ¿Y?*

*- No conviene que el chico esté para entonces.*

*- No entiendo...*

*- Para evitar problemas, mamá me dio dinero: le compraremos un boleto para el primer tren que salga.*

*- Pero nuestra hermana contará lo sucedido de todas formas.*

*- Así es, pero le diremos a mi padre que se nos escapó y que no lo pudimos encontrar.*

*- Pero está solo y no tiene en dónde dormir.*

*- Un siciliano auténtico se las sabe arreglar en cualquier parte y este chico lo es así que no te preocupes. Además, mi madre no quiere hijos ajenos y le habría hecho la vida imposible al pobre. Piensa que le estamos haciendo un favor.*

*Filippo no entendía nada y sus redondos ojos comenzaban a reflejar desconfianza. Guido se acercó a él y le dijo:*

*- Discúlpanos, es que habíamos olvidado el camino al trabajo de papá pero ya está todo bien. Giuseppe lo recordó.*

*El resto de camino fue en silencio. El chico comenzó a dudar de sus dos nuevos ‘hermanos’ y prefirió no seguir hablando. Cuando llegaron a la estación, lo comprendió todo. No lo recibirían en casa de su padre, estaba en un país extraño y su madre muy lejos, tal vez muerta.*

*- Voy a comprar el boleto. Tú te quedas aquí, cuidándolo – dijo Guido a Giuseppe.*

*- Espera... no me quiero ir – dijo el niño asustado.*

*- Cállate que demasiados problemas nos has dado – dijo Guido antes de irse a la boletería.*

*Filippo, entonces, logró zafarse y se escapó de las manos de Giuseppe. Corrió todo lo que dieron sus piernas a través del andén.*

*- ¡Espera, no te vayas, ven acá!*

*Dicho esto, corrió tras él y, al ser más rápido, logró alcanzarlo. Guido llegó con el boleto y Giuseppe le habló de la huida de Filippo.*

*- Eso no, mocoso del demonio. ¡Tú te vas ahora! – y le dio una bofetada de revés al niño –. Esto es para que sepas lo que te espera si te atreves a regresar.*

*Guido actuaba algunas veces con una frialdad que daba miedo.*

*El niño comenzó a llorar y dirigiéndoles una última mirada a los hermanos Lombardi se subió al tren. Nunca más se supo de él...”)*

Aldo movió la cabeza con gesto de desaprobación. La historia lo había conmovido y lo indignó en cierto modo. Quedaron en silencio por un rato hasta que Don Giuseppe habló.

- Ese niño era de mi sangre y desapareció por culpa mía.

- Más culpa tuvo el tío Guido.

Aldo se compadeció de su padre sobre todo por el hecho de guardar tantos años ese terrible secreto.

- Pero estuvo un momento a solas conmigo en el andén. Debí haber dejado que se escapara, o mejor aún, ignorar a Guido y haber llevado al chico de vuelta a casa para que mi padre lo viera.

- La abuela y la tía eran terribles, ¿no? Ya veo a quién salió Giovanni.

- Así es, tu madre, que en paz descansa, jamás habría actuado de esa forma. En el lugar de la mía, ella tal vez lo hubiese colmado de regalos y abrazos... Era un ángel... Yo, en cambio...

- Pero tu hermano era mayor y tú sólo tenías trece años. Seguramente te habrás sentido presionado.

Hubo un momento en que Don Giuseppe escrutó la cara y la reacción de su hijo. Se daba cuenta de que era muy sincero en su juicio. Podía confiar en él.

- De todas formas fui un cobarde. Si hubiese defendido a mi pequeño hermano con el ánimo con el que defiendes a Giovanni, en este momento habría otro digno Lombardi en la familia. En cambio, ese niño es hoy nuestro mayor enemigo...

- Con respecto a Giovanni... – era un momento que Aldo no debía desperdiciar para retomar el tema.

De pronto, se detuvo, asombrado de lo que acababa de escuchar.

- Perdón, papá, ¿qué dijiste?

**- Aquel hermano al que echamos de nuestro lado es Don Montivani.**

**Aldo casi cayó de la silla donde estaba sentado. Se dio cuenta de que su padre no era totalmente de piedra como él pensaba.**

**Pero también, de que un oscuro peligro los amenazaba.**

## XII

Habían pasado tres semanas. En un lugar alejado de la ciudad, un muchacho pasaba sus días en una casa de muy escaso valor, chica, sin muchas comodidades, provista de lo necesario para comer, bañarse y dormir sin tener que hacer absolutamente nada. Había un teléfono que nunca usaba él y que tampoco sonaba. Sus comidas frugales se limitaban a bajar de la alacena todo aquello que pudiera cocinarse y, como conexión con el exterior, tenía una radio que escuchaba en un volumen muy bajo para que nada trascendiera al exterior.

Una tarde, cerca del anochecer, el teléfono sonó tres veces. Luego se detuvo, volvió a sonar una vez, se detuvo y volvió a sonar. Entonces atendió:

- Hola, Giovanni.
- Hola, Gino... ¿hay alguna novedad para mí?
- Sí, el Don quiere verte.
- ¿Mi padre...?
- No. Don Montivani. Paso a buscarte en una hora. Estate en la esquina.

Giovanni no estaba de humor para salir en ese instante pero sabía que en ese momento podía recibir la respuesta que esperaba. Cuando su padre lo desheredó, simplemente se marchó con la intención de no regresar. Se contactó con un viejo amigo de andanzas, Gino Bertucci, quien le ofreció una "cómoda suite" en las afueras de la ciudad y lo más importante, dijo que podría ayudarlo a encontrar el paradero del único culpable de sus problemas... Bruno Trapani.

Giovanni había confiado esa tarea a Gino ya que este último tenía una enormidad de contactos en distintos puntos de la ciudad pues se dedicaba a comerciar sus drogas personalmente y a cambio de unas cuantas dosis de su porquería, había muchos que soltaban la lengua en forma sorprendente.

Se dirigió al lugar indicado bastante ansioso aunque se preguntaba constantemente qué tenía que ver ese viejo perro de Montivani. Cuando llegó a la esquina, tuvo una duda. Estaba tan nervioso estos últimos días que, durante la

llamada telefónica, había hablado como si, del otro lado, lo escuchara Gino Massolo. Después de colgar el tubo, cayó en la cuenta de que no, de que el que había hablado era el otro Gino. (*¿Qué querría? ¿Y qué tenía que ver en ese llamado Don Montivani?*)

¡Curiosa historia la de Gino...! Más curiosa aún la forma en que se habían reencontrado. Gracias a él, tenía dónde vivir hasta que pudiera decidir qué hacer con su vida. Claro que, estar acostumbrado a la Mansión Lombardi y tener que vivir así era tremendo... pero qué iba a hacerle. Gino había tomado la precaución de llenar la alacena, la heladera funcionaba – era lo único eléctrico que mantenía prendido siempre para conservar de un día para otro las comidas que se hacía. Pero en verdad, estaba harto de vivir así: cocinaba fideos, arroz, tomaba té y café y algunas galletitas que tenía cuidadosamente guardadas en un frasco bien cerrado para que no se le humedecieran. No tenía leche, ni manteca, ni crema, ni fruta, ni... la verdad, un horror.

Gino venía de tanto en tanto, arreglaba las plantas, regaba, abría las ventanas pero no dejaba traslucir que allí habitara alguien. Antes de irse, cerraba todo. Un día había traído pintura con la que estuvo retocando el frente de la casa y, aunque no tenía mucho trato con los vecinos, saludaba a alguno, cruzaba palabras intrascendentes con otro y una vez dijo que pensaba en la conveniencia de traer un perro para que le cuidara la casa en su ausencia.

- Pero no se crea que es algo fácil. A los animales hay que cuidarlos, alimentarlos, y yo, por ahora, no me puedo comprometer a venir todos los días – le oyó decir.

De las pocas personas que charlaron con él, no hubo ni una que se ofreciera a cuidarle el perro en caso de que lo trajera, por lo que Giovanni llegó a la conclusión de que Gino no era un tipo querido. Pero con él se estaba portando bien. Un día acarreó varias cajas con latas de pintura y avisó a uno que vivía al lado que no se extrañara si veía a un hombre que entrara a pintar el interior de la casa: estaba contratado por él y era de toda confianza. Cuando se fue, Giovanni vio que en una de las cajas había un cartel: "ABRE ESTA".

**Así lo hizo y allí adentro encontró un montón de paquetes de comida, ropa interior, jabones y alguna cosa más...**

**El auto se detuvo. Giovanni subió y Gino arrancó:**

**- Antes de nada, quiero que sepas que Al Tarantella está muerto. Fue asesinado por Don Montivani, en persona.**

### XIII

El arma ya estaba apuntando la sien pero las manos temblorosas de la mujer no fueron capaces de disparar. Poco a poco bajó el revólver desde su cabeza hasta dejarlo en la mesa y rompió en llanto. Había pensado que la nueva vida en aquella ciudad sería la puerta a la felicidad pero... qué equivocada estaba entonces. Su padre, el hombre a quien ella siempre admiró, ahora era un traidor... ¿Y los valores que le había inculcado él mismo? Lo peor, había arrastrado en su jugada al único hombre a quien ella había amado aunque ahora ya ni de eso estaba segura. Esa conversación le hacía zumban los oídos cada vez que la recordaba.

- Los Lombardi están cada vez más hundidos, es bueno estar con los poderosos... ¿No es así, Bruno?

- Esto no me gusta, no me ha gustado desde el principio ni me gustará.

- Lo que pasa es que eres muy joven aún.

- ¿Y hasta cuándo seguiremos jugando a esto, Silvio?

- Hasta que Don Montivani nos lo diga.

- ¡¡Estoy harto, yo me retiro!!

- No puedes y tú lo sabes.

- Es usted despreciable.

- Es el dinero el despreciable, no yo.

- Quiero vomitar cada vez que dice eso... voy afuera, necesito tomar aire.

No sólo eso tenía a Gloria hundida, sino también el comportamiento distante de Bruno quien salía todo el día para llegar a casa con aspecto mustio y respondiendo sólo con monosílabos. A veces salía durante las noches y llegaba ebrio o con la camisa manchada de lápiz labial.

Entonces se le venía a la cabeza una alocada pregunta... ¿Y si hubiese aceptado a Giovanni?... ¿Qué hubiese sucedido? Pero ya era tarde para pensar cualquier cosa... era tarde para ser feliz... ya no valía la pena vivir.

**Volvamos unos años atrás... ¿Cómo habían sucedido los hechos a partir de los cuales Silvio Palmice se había vuelto un traidor a la Familia Lombardi? Desde luego, él nada había sabido acerca del “caso Tarantella”. Don Montivani sabía mover muy bien los hilos, era astuto, quería minar el grupo que rodeaba a su archienemigo. Tarantella le había fallado (claro está que Filippo Montivani lo había imaginado... un poco tarde pero se había dado cuenta de que no podía empezar la gran venganza a partir de un Consigliere de tanto renombre. Durante un tiempo lo tuvo bajo vigilancia – lo hacía en forma personal – hasta que se dio cuenta de que Al Tarantella no jugaba la doble vida para favorecerlo a él sino porque no quería dejar a Lombardi.)**

**Cuando no apareció más, cuando fue imposible para sus aliados encontrarlo y matarlo pues estaba muy bien protegido, Filippo llegó a la conclusión de que debía empezar por otra figura de menos renombre. Tenía muy claro que sus peores enemigos habían sido Guido y la mujer de su padre, que Giuseppe había intentado llevarlo de vuelta a la casa, pero... el tiempo, los años, todo lo que le costó hacerse de un nombre y de una posición envidiable dentro de la Mafia le habían endurecido el corazón.**

**Así que, luego de conocer casualmente a Silvio Palmice, sabiéndolo de escasa inteligencia y gran ambición, lo tentó... Le resultó tan fácil!**

**Este sí había sabido “cumplir” con sus mandatos y había sido tanto el informante sobre los movimientos de Jimmy Nascarella como sobre los de Al Tarantella. Tenía alma de traidor y Montivani supo sacar provecho de ello. Le pagaba bien y lo protegía a la vez que lo vigilaba. El plan de sacar a Bruno y a Gloria del medio había resultado. El camino hacia Lombardi se le presentaba cada vez más llano. Sólo era cuestión de pensar muy bien los pasos a seguir.**

**Las huellas de su “protagonismo” en el asesinato del Consigliere de Giuseppe habían sido borradas. Sabía que este había descubierto quién era él y que esto lo preocupaba más que lo que pudiera suponerse. Habían pasado varios años en los que él había estudiado a fondo las características de sus dos sobrinos (¡se reía**

**interiormente cuando llamaba “sobrinos” a Aldo y a Giovanni pero realmente lo eran!) Sabía de la intemperancia de Giovanni y de la aparente tranquilidad de Aldo... Por eso, estaba seguro de que el hueso más duro de roer era Aldo, el que aún no había mostrado totalmente las cartas que pensaba esgrimir para entrar de lleno en la Familia de su padre.**

**Sabía que Silvio Palmice era un cobarde sin escrúpulos, pero al mismo tiempo entendía que la poca relevancia que Don Lombardi le había dado servía también para alejarlo de sospechas. Nunca sintió que lo vigilaran...**

## XIV

Mientras Don Lombardi vivía sin siquiera sospechar la traición de Palmice, otro problema se esgrimía a sus espaldas como si los que ya tenía no fueran suficientes.

A pesar de que su Consigliere estaba ya muerto los problemas que se iban fraguando eran por su causa. Albert Tarantella había sido leal a Lombardi. Sin embargo, el destino no se lo pagó como él merecía.

- “Tarantella debería haber sido el gran Don” – repetían constantemente los mejores amigos de malogrado Consigliere. Ellos eran el leal Raúl Viviano y el frío Luigi Vacani quienes argumentaban que, por sí solo, Albert tenía sus propios negocios ilegales que le reportaban poder y ganancias. Esto, sin contar su inteligencia y valía, que en más de una oportunidad fueron claves para muchas de las victorias de Giuseppe Lombardi.

Ahora, con Al Tarantella muerto y Lombardi vivo, los amigos del difunto culpaban al Don de lo ocurrido y exigirían las explicaciones pertinentes.

Gloria había llorado tanto, pero tanto, que al final quedó dormida. Sobre la mesa, a su lado, el arma. El ruido de la llave y el inmediato cierre de la puerta la despertaron. Las luces habían quedado encendidas y no pudo ocultar, ante la mirada atónita de Bruno y su padre, el arma que había quedado junto a su mano. Tampoco su cara, descompuesta por la tristeza y por el fuerte dolor de cabeza que la aquejaban.

Reparó en que Bruno estaba absolutamente sobrio y también con ropa nueva que no le conocía.

Ambos se quedaron sin saber qué hacer ni qué decir. El primero en reaccionar fue Bruno:

- Gloria, ¿qué pasa? Por qué estás así como... ?

Cuando iba a terminar la pregunta, vio el arma.

- ¡Gloria! ¿Qué haces? ¿Qué ibas a hacer?

- ¿Y a ti qué te importa? Ahora vienes a interesarte por mí? Hace dos meses que estamos aquí, escondidos, viviendo de lo que nos dan... ¡No sé quién eres! ¿Quién es este hombre que se parece a aquel Bruno que yo conocía?

- Gloria, hija...

- Contigo no quiero hablar, papá. Has envenenado a Bruno, lo has alejado de mí, lo convertiste en un verdadero traidor... Yo ya no sé quiénes son ninguno de los dos...

Tanto Bruno como Silvio no supieron qué decir. Cuanto más la miraban, se daban cuenta del cambio radical que se había operado en la muchacha. Estaba muy delgada, tenía horrible el pelo, las manos totalmente descuidadas... vestida de cualquier manera. Cada uno, a su modo, empezaban a preguntarse el alto precio que estaban pagando por una aventura desgraciada de la que Silvio había sido artífice y que Bruno había seguido por inercia.

Bruno la miró fijamente y meneó la cabeza en señal de negación. Se fue acercando a ella...

- Gloria, sé que no he estado al cien por ciento contigo, y me duele, pero compréndeme...

- ¡No te acerques a mí, hijo de perra! – gritó ella moviendo compulsivamente el arma.

- Hija, por favor, deja la pistola... – suplicó Silvio.

Bruno se adelantó decididamente hacia Gloria y ella disparó... La bala penetró en su brazo. Él no hizo gesto ni mueca de dolor físico alguno, pero cerró los ojos, con dolor... dolor psíquico. Gloria se levantó y se fue a su habitación y en cinco segundos salió con una maleta que ya tenía preparada.

- ¡Gloria! ¿A dónde crees que vas? ¡Has disparado a Bruno! - gritó Silvio.

Ella abrió la puerta y dijo:

- Adiós, “papá”...

**- Gloria, ¿donde vas a ir? – dijo Silvio.**

**- Debajo de un puente si es preciso...- y se fue.**

**Bruno se sentó y tardó diez segundos en reparar en su herida... ¿Qué podía importarle eso ahora?**

## XV

El automóvil avanzaba por calles conocidas y otras no tanto pero esto tenía sin cuidado a uno de sus ocupantes que se encontraba allí sin mayores ánimos de disfrutar el viaje. En ese momento, se atrevió a romper el silencio:

- Así que el tal Montivani se cargó a Albert. Supongo que también fue el que armó todo ese lío con los irlandeses y trató de matar a mi hermano.

- ¿Tu hermano?... olvídase de ese poco hombre.

- ¿Que te pasa con Aldo, idiota ? – a Giovanni no le había parecido nada bien ese comentario.

- Ehhh, nada, pero ¿no fue Aldo el que le dijo a tu padre lo del “accidente” con Nascarella?

Gino Bertucci sentía la mirada de Giovanni y eso le incomodaba bastante.

- Primero, efectivamente le dijo eso a mi padre en frente mío, no fue a mis espaldas. Segundo, no fue con la intención de traicionarme sino de ayudar. Y tercero, es un Lombardi igual que yo y nadie habla así de un Lombardi en mi presencia.

- Vale vale, no te enojas, Giovanni. Mira, ya llegamos.

Gino respiró aliviado al llegar a destino pues esa charla estaba comenzado a incomodarle.

Se bajaron del vehículo y se anunciaron con los hombres que custodiaban la fortaleza Montivani. Entraron a un vestíbulo. No tan fastuoso como el de los Lombardi pero igual de inponente. Apareció un hombre alto y delgado que les indicó el camino. Llegaron a una sala que más bien parecía biblioteca. Don Montivani era un gran lector y una de las salas favoritas de su casa era su biblioteca privada.

En ese lugar se encontró con Giovanni Lombardi y Gino Bertucci.

- Me alegra tener una visita tan importante como usted, Giovanni. Tenemos tanto de que hablar.

**Giovanni guardó silencio y sonrió irónicamente.**

**Don Montivani continuó:**

**- Espero que los problemas que hemos tenido en el pasado no arruinen nuestra reunión porque a decir verdad, yo quisiera que...**

**- ¡Una mierda!... ¡Ahora mismo me vas a decir porqué trataste de matar a mi hermano!... ¿Querías una charla amigable?... ¡Habla de una buena vez entonces! – dijo Giovanni en un ataque de ira.**

**Sin darse cuenta, el joven Lombardi había avanzado peligrosamente y los dos guardaespaldas de Montivani sacaron sus armas. El Don, en cambio, sin alterar su postura, continuaba como si nada y, con un gesto, les ordenó a sus hombres que se retirasen de la sala. Gino entendió que sobraba en ese momento y también se retiró.**

**- A los dos nos sucedió algo similar, muchacho. Como lo tuyo con Nascarella, mi intención no era matar a nadie. De hecho, yo jamás asesinaría a un sobrino.**

**- ¿Un sobrino?**

**Giovanni se extrañó por esa última frase. De pronto reparó que el rostro de Montivani tenía algo familiar.**

**Ahora estaban los dos frente a frente. Solos. Don Montivani no había dejado caer esa palabra sin haberlo premeditado muy bien. Sostenía con decisión la mirada escrutadora de Giovanni... (*“¿A quién se parece este hombre? ¿Por qué siento algo tan raro...?”*)**

**- Y... muchacho... ¿por qué me miras tan fijamente? Acaso notas algo raro en mí... o tengo monos en la cara?**

**- Es que... usted se parece a alguien... De repente es como si estuviera viendo a otra persona... pero bueno! Esto es una estupidez...**

**- ¿El qué?**

**- Que esté perdiendo tiempo en estas divagaciones cuando tengo que pedirle que me explique por qué quiso matar a mi hermano...**

**- Y yo te contesté que jamás asesinaría a un sobrino...**

**- ¡Palabras para alargar los tiempos...!**

**Giovanni se ofuscó.**

**- Usted es un maldito... – y de repente, se detuvo – ¡Vuelva a repetir eso!**

**- Dije que yo no asesino a un sobrino, menos a alguien cuya forma de vida no ha afectado la mía.**

**- Pero... ¿qué es lo que está insinuando? Que Aldo es su sobrino... que mi hermano...? Pero ¡qué disparates está diciendo, señor Montivani! Aldo es mi hermano, es un Lombardi, como yo!**

**- No lo he negado... exactamente igual que tu padre y yo: los dos somos hermanos... Giovanni se apoyó en una silla para no caerse.**

**El gesto y la voz de Don Montivani no dejaba dudas acerca de que lo que le estaba diciendo era cierto.**

**- Usted... usted... hermano de mi padre?**

**Montivani le confirmó el hecho de que era hermano de su padre; con esto, Giovanni ya no tenía fuerzas para seguirle preguntando sobre el asunto de Aldo. No creía la afirmación de Don Montivani, pero al mirarlo a los ojos, notaba que hablaba en serio y al mismo tiempo veía el parecido familiar. Giovanni pensó que lo asesinaría, pero recordó la frase de Montivani de hacía un momento:**

**“Yo jamás asesinaría a un sobrino”.**

**Así, al recordar esto, pensó: “¿Qué querrá de mí?, ¿Por qué me cuenta esto?”**

**Montivani dijo: - Ven, chico, vamos a comer.**

**Giovanni seguía atónito y no entendía bien qué es lo que Montivani quería de él, pero se acercó y ambos salieron por la puerta rumbo al comedor de la mansión Montivani. Le parecía imposible que lo siguiera con tanta naturalidad.**

**Mientras comían, Giovanni preguntó por Gino. Montivani le dijo que estaba siendo bien atendido en otro lado, que no se preocupara, que si quisiera matarlo ya lo habría hecho.**

**Eso lo tranquilizó un momento, pero ahora le venía otro interrogante a la mente: “Si no iba a matarlo entonces, ¿qué quería Montivani de él?”**

**Al terminar de comer, Montivani se dirigió a Giovanni.**

**Ahora por fin diría lo que quería. Le ofreció formar parte de su organizacion, le dijo que debía decidir en ese mismo instante.**

**Giovanni pensó que estaba loco, pero luego entendió que no era tan descabellado; después de todo él se había alejado de su familia y su padre ya no confiaría nunca en él, como lo hacía antes.**

## XVI

**Aquella noche, otra persona también tenía ciertos sentimientos negativos: Desconfianza, odio... y rabia.**

**Era Gloria. Con su aspecto desaliñado y maleta en mano, vagaba por las peligrosas calles sin saber lo inaudito que era que una persona como ella estuviera sola, a esas horas y en esta zona. Algunas mujeres (prostitutas la mayoría) la miraban e imaginaban qué desgracia podía haberle ocurrido a esa muchacha para estar en ese estado.**

**Gloria, en verdad, no llevaba en mente ningún destino predeterminado; sólo andaba. Hasta que llegó el momento que ella misma esperaba que ocurriera pero sin prestarle un mínimo de atención:**

**- Eh, guapa, ven a sentarte aquí con nosotros – le dijeron tres tipos que no auguraban nada bueno.**

**- Váyanse a la mierda – le contestó escuetamente ella.**

**Los tres individuos sonrieron como si hubieran conseguido lo que querían.**

**- Uh, una chica rebelde. Te enseñaremos cómo hay que comportarse en sociedad.**

**Una vez dicho esto, uno de ellos la agarró por detrás y la metió violentamente en un callejón, mientras ella luchaba para liberarse. La echaron sin miramientos al suelo, entre malévolas carcajadas.**

**De repente una sombra se dejó ver tras ellos:**

**- ¿No pueden pagarse una mujerzuela y tienen que ir a por lo primero que encuentran?**

**- ¿Quién te crees que eres?... ¿Un fantasma?**

**- Robert De Stefano, primo de la señorita – dijo, quitándose el sombrero y haciendo una reverencia a modo de burla, lo que dejó a la vista que llevaba un brazo en cabrestrillo.**

**Los tres tipos sonrieron confiados al ver el estado del atacante.**

**Esta alegría duró poco pues se dieron cuenta de que no iba solo. Lo acompañaba un tipo enorme que se acercaba a ellos fumando un cigarrillo y bastante entusiasmado, como un niño frente a una golosina.**

**Gloria aprovechó de zafarse de los tipos y se apartó asustada y extrañada de que su primo hubiera estado cerca...**

**¿Acaso su padre le avisó que había huido?**

**Quiso alejarse lo antes posible del lugar. Como no tenía un centavo encima ni un lugar fijo donde ir ni una persona a quien pedirle – eso es lo que creía hasta que había visto a Roberto – se quedó en los alrededores hasta ver qué pasaba con los dos grupos de hombres.**

**Diez minutos después, su primo se asomó y, detrás de él, el hombre que lo acompañaba:**

**- Listo! Puedes estar tranquila. Estos... no te molestarán más – y una sonrisa satisfecha pero malévolamente apareció en el rostro de Roberto.**

**Gloria no necesitó que le explicaran nada. Por si lo anterior no bastaba, acababa de tomar conciencia de que había entrado en un mundo del cual no podría salir. Donde fuera, hiciera lo que hiciese, aunque tratara de escapar, el “crimen” la acompañaría por siempre.**

**- ¿Por qué escapaste? ¿Por qué no recurriste a mí? – le preguntó, mientras tomaban una gran taza de café y unos sandwiches en un bar apartado de los alrededores.**

**- ¿Qué quieres? Que vaya contando por ahí mis desgracias? Que además de padecerlas las haga públicas?**

**- Estábamos al tanto de todo, pero no íbamos a intervenir hasta que pidieras nuestra ayuda... – Sabes que todo puede arreglarse.**

**- Sí, matando!!!!!!!!!!!!!!!!!!!! – casi gritó la muchacha.**

**Comía porque el hambre la desesperaba pero mucho más el dolor, la desilusión y el miedo que llevaba encima.**

**- Gloria, no grites... habla bajo. Sabes perfectamente dónde estás situada. No puedes ignorar quiénes son tu padre y el hombre del que estás enamorada.**

- Exacto. Estoy enamorada... Hubiera dado mi vida por él... Pero esto en lo que se ha transformado no me permite reconocerlo.

Cambió el tono y luego de pensarlo un momento, dijo:

- Creo que lo odio.

Si hubiera podido pensar en algo más que en su problema y hubiese fijado su vista en el muchacho solícito que tenía enfrente, un escalofrío le hubiera atravesado el cuerpo. Pero Gloria no pensaba más que en ella. Estaba desesperada.

- ¿Lo odias? ¿Estás convencida de ello?

- Sí... – dudaba – ¡¡Sííí!! – dijo finalmente con fuerza.

- Entonces, ha llegado el momento. Tú tienes una misión que cumplir en este momento. Eres la única que puedes hacerlo.

- Cómo?

- A pesar de todo, eres la única de quien Bruno no desconfiará.

- No entiendo de qué estás hablando...

Robert De Stefano puso un revólver sobre la mesa envuelto en un paño oscuro. Tomó la mano de Gloria y le hizo reconocer la forma del arma.

- Esta es la orden!!! Tienes que matarlo. Y tienes que matar a tu padre.

- ¿¿¿Matar!!?? Pero, ¿con quién te crees que estás hablando? Que seas mi primo no te autoriza a...

- ¡¡¡Cállate!!! – la cortó con fuerza un Roberto que ahora dejaba a un lado la parsimonia con que había actuado hasta ese momento. Su mirada y su voz eran terribles.

## XVII

Un muchacho de unos quince años se encontraba sentado contra un muro. Estaba allí desde aproximadamente una hora y jugueteaba algo aburrido con uno de sus rizos. No estaba apoyado en un muro cualquiera y el muchacho lo sabía pues atrás se alzaba nada menos que la imponente mansión Lombardi. Uno de los guardias de la entrada reparó en él y lo instó a retirarse.

- Muchacho, vete a dormir a otro muro porque estás en propiedad privada.

- Si Aldo sabe que me corraste, vas a tener problemas – dijo el chico con una pícaro sonrisa.

El guardia no supo qué responder mientras que los azules ojos del chico lo miraban fijamente, incomodándolo. Llamó a otro hombre, le dijo algo en voz baja y posteriormente entró a la residencia.

Volvió a aparecer para preguntarle al chico:

- Tu nombre...?

- Liam Ó Conaill - dijo el chico.

“Ó Conaill...” pensó el guardia, era sin duda un apellido conocido que lo puso en alerta. ¿Sería pariente del jefe de la mafia irlandesa?... ¿Y qué relación tendría ese muchachito con el señor Aldo? Aldo se sorprendió mucho con esa visita. Y en vista del apellido del chico, se hizo acompañar con tres hombres más. Sin decirle a nadie más, llegó a la entrada y se asomó a ver quién era.

- ¡Vaya, vaya! – exclamó Aldo al verlo – Liam Brennan, ¿verdad?

- Para servirle, señor – dijo el muchacho con una sonrisa. Sus rubios y rizados cabellos le daban una apariencia un tanto angelical.

Aldo había visto una vez al hermano menor de Alice y lo reconoció de inmediato. Se dio cuenta de que seguramente deberían hablar a solas y despidiendo a los hombres, se encaminó con el chico a algún lugar en donde pudieran hablar a gusto. Llegaron a la parte trasera de un viejo edificio para tener más privacidad.

- Y bien, señor “Ó Conaill”, ¿qué tenía usted que decirme? – dijo Aldo en tono burlón.

- Bueno, me puse ese apellido porque quería ver la cara de esos brutos italianos – dijo Liam, respondiendo al tono de Aldo.

- Gracias por el cumplido.

- De nada... Ahora bien... ¡Despídete de este mundo! – el chico había sacado un arma y apuntaba directamente al pecho de Aldo.

- ¿Qué te pasa, chico?... ¿Estás loco?

- Todo ha pasado por tu culpa, Mis padres ya no están y todo es más difícil para nosotros. Además si te mato, es probable que me acepten en el grupo de mi hermano.

- Siento lo de tus padres, de verdad y si hubiese estado en mis manos impedirlo, lo hubiese hecho pero... a duras penas pude luchar por mi vida. Te juro que si llego a saber quién es el responsable, te ayudaré a vengarlos. Por lo pronto, baja eso que puedes herir a alguien.

El chico titubeó pero las palabras de Aldo parecían reales y sinceras. Finalmente tiró el arma al suelo.

- Las cosas van difíciles para mi hermana y para mí. Vivimos con Bertie pero se lleva horriblemente mal con mi hermana y nos reprocha cada centavo. La única forma de llevarme a Alice es uniéndome a los Ó Conaill pero ni siquiera para eso sirvo.

Esto conmovió a Aldo:

- Si es por dinero, no te preocupes. Me encargaré de enviarles una cantidad cada mes y...

Fue interrumpido:

- ¿Recibirle limosnas a un italiano?... ¡Púdrete!

- No, no digas eso. Sólo quiero hacer algo por la única persona a quien he amado en mi vida.

- ¡Qué cursi eres! Los irlandeses somos más hombres – mientras decía esto, sacaba una carta del bolsillo y se la entregaba a Aldo.

- ¡Es de Alice! – el rostro del joven estaba radiante – Bueno, sí, este era el primer propósito de mi visita. Eso de matarte surgió después.

De vuelta a la mansión, Aldo recordaba la cara de Liam cuando recibió su “propina” por la entrega de la carta . En cierta forma se sentía culpable por lo que había sucedido con la familia del muchacho.

Tres disparos sonaron en la noche. El descampado se estremeció y los pocos seres vivos que quedaban allí huyeron. Excepto dos, un hombre y una mujer. Estaban delante de un trozo de valla de madera y la mujer, causante de aquel estruendo, suspiró largamente y recordó que si estaba en ese lugar disparando a latas puestas en una valla era porque había querido.

- ¡Muy bien, Gloria! – la felicitó Roberto, su primo – ¡Ya no fallas ni una!

- Sí, me convierte en una persona muy feliz el saber que puedo quitar vidas con tanta precisión – contestó sombría.

- Gloria, no me vengas con cuentos. ¿Quieres matar a ese traidor que tú llamas padre, sí o no?

Gloria bajó el brazo y cerró los ojos. ¿Por qué había accedido? ¿Tanto odiaba a su padre? La respuesta a esta pregunta era sí. No era un odio puro, es decir, no un odio de nacimiento, sino de acumulación. Su padre la había transformado a su antojo. Y a ella no la manipulaba nadie.

Sin dar una contestación a Roberto, preguntó:

- ¿Cuándo será “el momento”?

Roberto sonrió y dijo:

- Mañana. Ya veremos a qué hora. Ahora sube al coche, te llevaré a mi casa. Y dame esa pistola, ya no la necesitas – y extendió la mano.

Gloria se llenó de oscuros pensamientos que le rondaban la cabeza...

Volvieron al bar. Ambos necesitaban tomar algo fuerte...

## XVIII

**Miró fijamente el arma. Un frío le recorrió el cuerpo. Su vida estaba rompiéndose en pedazos.**

*(Aldo miró la carta... ¿Qué podría decir Alice?)*

**El arma estaba ahí, sobre la mesa. El hombre, al otro lado, la miraba fijamente. Esperaba la reacción de la muchacha.**

*(La carta estaba ahí, en sus manos. No se atrevía a abrirla.)*

**En ambos lados, el horror a las decisiones.**

**¿Qué hacer? ¿Por qué todo había llegado a este extremo? ¿Por qué tanta vida vivida no había servido para nada?**

**Gloria se tiró para atrás, se recostó en la silla.**

*(Aldo se tiró en un sillón... todavía tenía la carta sin abrir en sus manos...)*

**Miró fijamente el arma y por fin la tomó en sus manos.**

*(Aldo comenzó a abrir el sobre. Dentro un papel con pocas líneas escritas, rápidas y nerviosas, a juzgar por la letra.)*

**- Sí – dijo Gloria –. No queda otra solución.**

*(Aldo empezó a leer y en un segundo, su rostro se oscureció. Al finalizar, un grito sordo y terrible se ahogó en su garganta.)*

- ¡¡Gloria!! ¡¡ Nooooooooo...!! – gritó Roberto.

**Pero ya era tarde.**

**Sin que pudiera ni siquiera imaginarlo ni preverlo, Gloria, que había aparentado jugar con el arma, la llevó a su boca y disparó. Cayó, en un charco de sangre...**

*(Aldo tenía los ojos desorbitados, luego de saber lo que Alice había escrito...*

*Pero ya era tarde... también para los dos...)*

## XIX

Giovanni miró fijamente a Montivani, esperando ver en sus ojos algo que lo hiciera dudar, que lo hiciera pensar que la propuesta era una trampa, algo que no lo hiciera tomar la decisión de traicionar a su familia, pues él sabía que no tenía otra opción para acabar con Montivani y volver a ganar la confianza de su padre, librándolo de su mayor enemigo.

Sabía que desde adentro de la organización de Montivani podría destruirlo poco a poco. Lentamente estrechó su fría mano con la del Don: sabía que con esto sellaba el trato, sellaba su traición, pero también sabía que era la única elección posible.

- Ahora serás mi brazo derecho.

Giovanni lo escuchaba atentamente.

- No te sientas mal por traicionar a tu padre. Sabes que es lo mejor. Él ya está acabado, mi organización es el futuro. Y tú sabes que debes pensar en el tuyo: yo te ofrezco el mejor: sólo debes ayudarme en el plan con el que voy a acabar con tu familia... Claro, exceptuándote a ti.

Giovanni abrió los ojos más grandes de lo que nunca lo había hecho.

- Verás que soy generoso – dijo Montivani, le hizo una mirada agradable y prosiguió –. Quiero que convencas a tu padre de rendirse, para que esto no termine en masacre. La policía está a mi servicio y he comprado a los abogados de tu padre. Sólo dile que firme unos papeles en los que te dé poder sobre todos sus negocios; de esa forma, yo los controlaré. Si no, esto va a acabar de una manera muy deshonrosa para tu familia.

En su interior, Montivani iba armándose la trama de cómo matar finalmente a Lombardi, pero no hablaría sobre eso con el muchacho. No estaba seguro de él...

Aldo cerró los ojos pues la noticia de Alice hubiese significado en otras circunstancias, una bendición pero ahora en estos momentos era distinto. El joven

suspiró y decidió que debería hacer algo en ese instante, aunque eso significara perder a Alice para siempre.

Gloria, entretanto, había dejado de existir ante la mirada atónita de todos los presentes. Su primo se llevó las manos a la cara, en un gesto desesperado, pues se sentía culpable de la situación. Si hubiese previsto aquello, no habría propuesto esa locura pero ya no había nada más que hacer.

Mientras una vida acababa de ser arrancada, otra venía en camino frágil e inocente pero Aldo sabía perfectamente qué hacer con ella. Con su cabeza atiborrada de pensamientos, se dirigió a la iglesia a paso firme. El sacerdote que acababa de ofrecer su misa despedía al último de los feligreses, cuando sintió tras él una familiar voz:

- Primo, debes ayudarme.
- ¿Aldo?... ¿Sucede algo?
- Así es y esta vez sólo cuento contigo.

El joven se notaba aún mas abatido que la última vez que habían charlado pero ahora demostraba una actitud inquebrantable por lo que el sacerdote comprendió que no podía negarse a nada de lo que Aldo le pidiera... y así fue.

Algunos días después, gracias a los contactos del sacerdote, la joven Alice, su hermano Liam y la pequeña criatura que llevaba en su vientre se encontraban navegando rumbo a Irlanda. Aldo se aseguró de que llevarsen una pequeña fortuna para comenzar una nueva vida. Esto lo tranquilizaba aunque saber que nunca podría abrazar a su futuro hijo y a la mujer que amaba le destrozaba el corazón y le había provocado un pesar que seguramente influirían en su salud deteriorada.

Giovanni, una semana después de decidir traicionar a su padre, estaba en su cuarto, en la mansión Montivani; había estado alojado ahí desde la conversacion con su tío.

Era una mañana muy linda, el sol brillaba, y el cielo estaba azul.

**Se levantó, se duchó, luego se vistió y se dirigió al despacho del Don, pues había llegado el día; debía discutir con él la ejecución del plan.**

**Se acercó al escritorio y se sentó; frente a él estaba Montivani, mirándolo fijamente.**

**Le dijo:**

**- Debes dirigirte a la casa de tu padre, a tu antiguo hogar. Mis hombres te llevarán, hablarás con él y le dirás que se rinda. Si no acepta, me veré en la obligación de liquidarlo y apoderarme por la fuerza de los papeles que necesito para ser el único Don de esta ciudad. ¿Entendido?**

**- Sí – contestó con voz temblorosa.**

**- Muy bien, recuerda que esto lo haces por el bien de tu padre y de tu familia. No les queda otro remedio. Ahora, ve.**

**Giovanni se dirigió al patio. Allí lo esperaban tres hombres en un auto. Sabía que no había vuelta atrás, que ahora daría el paso definitivo.**

**El auto se detuvo en la esquina de los Lombardi. Bajó y caminó hacia la puerta.**

**Debían verlo sólo a él.**

**Un hombre le abrió y, aunque hacía tanto que no lo veían, naturalmente lo dejó entrar.**

**Giovanni sabía que era el momento de la verdad. De la definitiva.**

Recordó la frase de Montivani: “... *Esto lo haces por el bien de tu padre y de tu familia*”.

- ¿¡A qué vienes!?! – la voz exasperada del padre lo sorprendió, al momento en que abría la puerta del escritorio.

*(Estaba tan seguro de que su padre estaría allí... tan seguro como de que ya habría sido informado de todo. )*

- ¿Vienes a consumir tu traición?

- ¿También tú me crees capaz de eso? – la voz de Giovanni sonó distante.

- Sé dónde y con quién estuviste todo este tiempo... Y haber estado allí, con “mi querido hermano”, no te ha permitido enterarte de algunas novedades de este, nuestro mundo... – Lombardi estaba decidido a herir en lo más hondo a su hijo. Ya nada le importaba. Intuía que todo iba a terminar.

- No sé de qué estás hablando, papá... Sí es verdad que te traigo una propuesta de... ese hombre, pero podrías haber tenido un poco más de confianza en mí.

- ¿¿Confianza?? No creo que las acciones que has cometido permitan que confíe en ti... Además, ese hombre te envenenó con una verdad, estoy seguro...

Giovanni completó la frase:

- ... una verdad que pudiste haberme contado tú – hizo una pausa –. Si nos hubieras contado, a Aldo y a mí, aquel episodio de tu infancia, tal vez hubiéramos podido...

- Aldo ya lo sabe.

- ¿¡Qué!?! ¿Que Aldo sabe lo que no sé yo?

- Se lo he dicho hace unos días...

- Papá, ¿no podemos hablar los tres? ¿Dónde está Aldo?

Don Lombardi no hacía ningún intento por escuchar a su hijo.

- Espera. Todavía falta que sepas algo más: Gloria se suicidó ante la evidencia de la traición de su padre y la propuesta que le hicieron de que fuera ella quien matara a Bruno.

- ¡Nooooooooooo...! – Aldo se desplomó sobre la silla y quedó así un momento.

- ¡Y que te quede claro...! De la tracción de Silvio Palmice también tuvo la culpa Filippo, mi hermano. Él atacó por todos los flancos para lograr mi destrucción, nuestra destrucción... Tú te encargaste de matar a Tarantella y mi imperio está destruido... Ahora, si quieres, puedes hablar. ¿Qué propuesta traes de ese maldito?

Giovanni levantó la mirada. Por primera vez, el padre reparó en la mirada oscura y terriblemente dolorida de su hijo. Acababan de asestarle el gran mazazo, el primer gran dolor de su vida.

Por un momento, sintió pena por él.

- ¿Qué importa ya? Creí que, al llegar aquí, comprenderías que, a pesar de todo, a pesar de mis errores, no iba a traicionarte... Venía para armar rápidamente un plan contigo, con Aldo, un plan para destruir a ese hombre, aunque sea tu hermano. Pero todo ha dejado de interesarme... Nada me importa la vida, si Gloria está muerta...

Se puso de pie y se dispuso a salir.

- Ojalá puedas arreglarte solo para llevar a cabo esta venganza que sólo va a acabar en muerte... Realmente, no me importa qué pueda pasar.

Al acercarse a la puerta, que había quedado abierta, se encontró con la imponente figura de Montivani que le impedía la salida. Sin duda, había escuchado toda la conversación.

La voz de Filippo Lombardi, la de Don Montivani, sonó dura, cortante:

- ¿Así que “armar un plan para destruirme”?

Giovanni se detuvo. Estaba atrapado. Don Giuseppe Lombardi sacó un arma que llevaba en el bolsillo.

- ¡Suerte que jamás confié en ti! – dijo Don Montivani desenfundando un arma – ¡Hola, “hermanito”! Ha llegado la hora – y apuntó al corazón de Giovanni.

**- ¡¡Maldito seas!! – Lombardi disparó al mismo tiempo, con tan mala suerte que fue su bala la que mató a su hijo, pues el escritorio se había llenado de secuaces de Montivani que distrajeron su excelente puntería.**

**Cuando tuvo la seguridad de que Giovanni estaba muerto (no dudó ni un segundo de que él mismo lo había matado) apuntó hacia Montivani.**

**Montivani ya lo tenía encañonado.**

**Se oyeron dos tiros.**

**Desde una puerta que nadie había advertido, Aldo acababa de matar a Don Montivani en tanto este había terminado con la vida de Giuseppe Lombardi, quien con un gesto rápido, había tirado los papeles que Montivani quería y los había arrojado a la chimenea, donde se consumieron rápidamente.**

**La terrible venganza había sido consumada.**

**Los dos Capos de la Mafia estaban muertos.**

**Aldo, con un gesto rápido, que ninguno de los secuaces de Montivani pudo prever, tiró la dinamita que traía en la otra mano.**

**Sólo los que habían quedado afuera, lejos, contemplaron el fin de la historia.**

**La mansión estallaba, el fuego la consumía.**

**Un muchacho, todo quemado pero aún vivo, se arrastraba penosa e inútilmente hacia la salida. Hasta que quedó quieto.**

**Definitivamente quieto.**